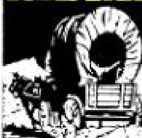
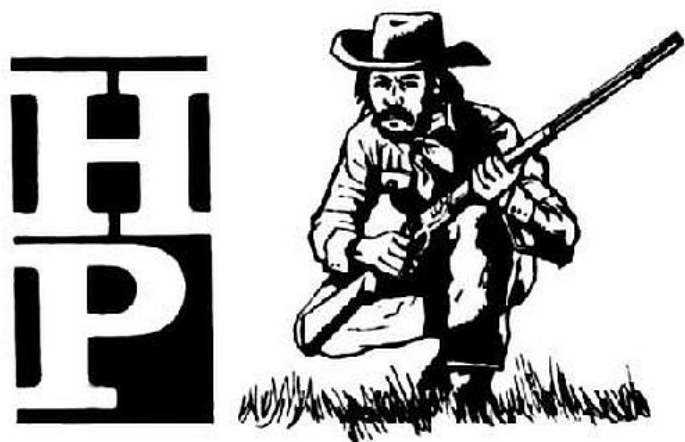
BOLSILIBROS BRUGUERA

Héroes de la PRADERA



duelo en México

Keith Luger



HEROES DE LA PRADERA





Keith Luger

DUELO EN MÉXICO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 442
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 15799-1978

Impreso en España - Printed in Spain

3 ª edición: junio, 1958

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

Capítulo primero

Fred Kenner soltó una risotada y miró al jinete que cabalgaba a su lado.

—No me equivoco, Joe —declaró—. Las mexicanas son las mujeres de más temperamento del mundo. Seguro que es cuestión del clima. No hay otras como ellas para hacer el amor.

Joe Bronson frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con sequedad—. ¿Son noticias de primera mano o te lo contó algún amigo?

—¿No te he dicho que estuve una vez aquí hace cosa de diez años?

—No estoy muy seguro de que sea cierto.

Fred Kenner desorbitó los ojos.

—¿Me vas a llamar embustero, Joe?

El joven sonrió, diciendo:

—Si no supiese que eres el tipo más trapisondista que he encontrado en mi vida, me conmoverías con esa mueca de asombro.

—Tienes que creerme, Joe. ¿Lo harás si te lo juro?

Joe se pasó el dorso de la mano por el mentón y tiró de las riendas de su caballo, deteniéndolo. Luego levantó el brazo, y las tres galeras que iban detrás y los jinetes que las acompañaban se inmovilizaron.

—Escucha, viejo —dijo—. Llevamos un día cabalgando por tierras de México y no solamente estoy sin ver una mujer, sino que ni siquiera ha salido una persona a darnos la bienvenida.

—Ya te advertí que esta parte del país está despoblada.

Joe se echó el sombrero tejano hacia atrás y se puso a contemplar el paisaje que se ofrecía a sus ojos, que no podía ser más desolador. Piedras, tierra calcinada y cactos. Eso era todo. Cogió la

cantimplora que tenía tras él y bebió un trago; pero, encontrando el agua caliente, la escupió con un gesto de repugnancia.

—¡No he visto un país más maldito que éste! —exclamó—. En cuanto me eche a la cara a ese Luis Rodríguez, le voy a decir un par de cosas. El acuerdo fue que nos enviaría un mensajero.

—Tienes que tener un poco de paciencia. —Fred Kenner inició una sonrisa—. Al final todo se arreglará y nosotros recibiremos el premio: una mujer metida en carnes, de piel morena y ojos negros que despedirán fuego.

Joe contestó, mientras recorría con sus ojos el horizonte:

—No he venido a México por ninguna mujer, y será mejor que te lo metas en la cabeza de una vez. Tampoco tengo curiosidad por alargar mi estancia en este pedregal más de lo necesario. Entregaremos las armas, ese condenado Rodríguez nos dará el dinero, y yo me largaré. Tú puedes hacer lo que quieras. Te regalo a todas las mujeres de piel morena y ojos incendiarios.

—Estás en un error —sonrió Fred—. Otros antes que tú han dicho lo mismo, y luego han tenido que rectificar… cuando se les ha cruzado en el camino una de estas muchachas.

—No puede existir una mujer capaz de retenerme aquí una vez haya realizado el negocio.

Después de sus contundentes palabras, Joe espoleó su cabalgadura, al tiempo que levantaba el brazo para que la expedición prosiguiese su avance.

No habían hecho más que recorrer unas millas después de la última detención, cuando súbitamente descubrió Fred a un jinete sobre un montículo.

—¡Eh, Joe! ¡Allá a la izquierda!

Bronson miró en la dirección que su compañero le indicaba.

—Bueno, esto quiere decir que al fin tenemos suerte.

—Es posible —murmuró Fred.

El jinete permaneció un rato inmóvil observando las tres galeras y a la gente de a caballo que las acompañaba, y de pronto, descendió por la ladera.

Joe Bronson llevó la mano al revólver y comprobó que salía con facilidad de la funda.

—¡Eh Joe! —dijo Fred, de pronto—. No parece un hombre.

Bronson entrecerró los ojos mientras se ponía una mano a guisa

de visera sobre la frente.

—Esta vez acertaste, Fred. Es una mujer. No pensé que se te había de presentar una oportunidad tan pronto para demostrarme esa historia de las muchachas mexicanas.

El jinete fue acortando rápidamente la distancia que lo separaba del grupo, y poco después llegaba ante ellos.

Joe Bronson y Fred Kenner contemplaron una mujer de edad indefinida, cuyo revuelto cabello estaba lleno de polvo. Tenía el rostro sudado y sucio.

La joven se cubría con una blusa de escote redondo y una falda que habían conocido mejor época.

—¿Quién de ustedes es el señor Bronson? —preguntó, interrumpiendo el examen a que estaba siendo sometida.

Joe miró de soslayo a su compañero, ignorando de momento la pregunta de la muchacha, y dijo con ironía:

—¿Las mejores del mundo, eh? —Luego volvió los ojos hacia la mexicana—: Yo soy el señor Bronson.

Los ojos de la muchacha observaron fríamente a aquel hombre de unos veintiocho años de edad, moreno, de ojos negros, tez curtida y rasgos faciales duros.

—Me ha enviado a su encuentro el señor Rodríguez —declaró.

Joe Bronson arrugó el entrecejo.

—Parece un poco original el señor Rodríguez —repuso—. ¿Por qué la envió a usted y no a un hombre?

—Necesitaba que esta misión la desempeñase una persona de su confianza.

—¿Quién es usted? ¿Su hija, acaso?

—No.

—¿Quién es, entonces?

La joven apretó los labios irritada por aquel tono de voz que el americano empleaba con ella.

—Me llamo Lupe García. Sólo soy una partidaria de don Luis Rodríguez —hizo una pausa y prosiguió ladeando ligeramente la cabeza—. Quizá les pueda hacer una demostración de por qué mi jefe confía en mí.

—¿De veras? ¿Qué clase de demostración?

La joven se quedó mirando fijamente a Joe, y de pronto levantó el vuelo de la falda y exhibió con rapidez meteórica un revólver.

Instintivamente, Joe fue a sacar el suyo, pero ella le dijo:

—No va por usted —sonrió, enseñando unos menudos dientes y luego dirigió la mirada a un cacto que había a cosa de unas diez yardas—. ¡Fíjese en aquella hoja, la tercera de la izquierda!

Joe y Fred miraron en aquella dirección. De súbito, retumbaron en el aire cinco disparos casi consecutivos.

Los caballos relincharon y los hombres tuvieron que hacer esfuerzos para contenerlos. Cuando levantaron la mirada, la joven les dijo, señalando el cacto:

—Usted ha dicho que se llama Bronson. Vea la primera letra marcada allá.

Joe y Fred observaron sorprendidos que, efectivamente, en la hoja del cacto aparecían cinco agujeros. Integraban dos triángulos unidos por el vértice, la B de Bronson.

Fred Kenner lanzó una carcajada.

—¿Qué te decía yo, Joe?

El joven hizo un gesto brusco con la mano acallando a su compañero; luego dijo a la muchacha, que esperaba sus palabras con una sonrisa a flor de labios:

—Está bien, jovencita; ya nos ha demostrado por qué el señor Rodríguez confía en usted.

—En ese caso, síganme.

—Espere un momento, no me ha dejado terminar.

—¿Qué le ocurre ahora? Le aseguro que mi revólver se ha quedado sin balas. No puedo hacer en el cactus su nombre completo.

Kenner rió con ganas aquella salida de la joven, y Joe endureció su gesto habitual mientras decía:

—Escuche, ricura. El enviado de Rodríguez nos tenía que dar una consigna. Suéltela y habrá concluido su trabajo.

Lo joven sacudió la cabeza en sentido afirmativo y luego dijo:

—México libre.

Hubo un silencio y, finalmente, Joe repuso:

—Estamos de acuerdo. Indíquenos el camino.

La mexicana emprendió inmediatamente la marcha, y los expedicionarios fueron tras ella.

Subieron por la colina en cuya cima la joven había hecho su aparición y luego descendieron por el otro lado, encaminándose

hacia un valle que aparecía a lo lejos.

Joe Bronson creyó que en algún punto del valle habría una casa, pero por más que miró en todas direcciones, no descubrió ninguna.

—¡Eh, oiga! —llamó fuerte a Lupe.

La joven volvió la cabeza sin detener el caballo.

—¿Qué quiere?

—Yo creí que estaríamos cerca. No podemos mantener esta marcha. Los animales están cansados.

—Sólo queda un poco de camino —contestó Lupe, y volvió a mirar al frente.

Joe soltó un gruñido.

Dejaron atrás el valle y se internaron por una región escabrosa en la que los carros avanzaban a un ritmo muy lento.

Al cabo de media hora de subir por intrincados parajes, Joe agotó la paciencia y fustigó a su cabalgadura hasta alcanzar a la muchacha.

—¡Deténgase! —le ordenó con voz fuerte.

La mexicana obedeció.

—¿Qué le pasa, señor Bronson?

—Oiga, ¿qué clase de juego es éste? ¿Por qué demonios ese Luis Rodríguez no ha salido a nuestro encuentro?

—Sigo órdenes suyas, señor Bronson. Me dijo que yo tenía que conducirles hasta el lugar en que les espera.

—Estupendo —dijo Joe, con ironía—. Al parecer, el tal Rodríguez es un hombre muy tranquilo. ¿Es que ha creído que somos cabras?

—Lo siento, señor Bronson.

Joe señaló un precipicio que había a un lado del camino.

—¿Qué pasará si uno de los carros se precipita por ahí? Apuesto a que el señor Rodríguez sólo pagará las armas que se le entreguen.

—Lo cobrará usted todo, señor Bronson, incluida su parte de riesgo.

—Está bien —asintió Joe—. ¿Cuánto nos falta?

—Oh, sólo será cuestión de tres o cuatro millas.

—¿Tres o cuatro millas? —repitió Bronson, echando una mirada al abrupto terreno.

Reemprendieron el difícil camino siempre ascendiendo. Por fin, y al cabo de unos quince minutos, la joven se detuvo nuevamente y

señaló un montículo que se divisaba a lo lejos.

—Es allí. Ya hemos llegado, señor Bronson.

Joe se acercó a su lado y miró en la dirección que la joven le señalaba.

Conforme se iban acercando, fue distinguiéndose un conglomerado de casas. Unos cuantos penachos de humo salían por algunas chimeneas.

—¿Le gusta, señor Bronson? —preguntó la joven.

El aire estaba fuertemente impregnado del aroma del romero; pero Joe dijo, después de enjugarse la frente con el dorso de la mano:

—Es el último lugar de la tierra en que me gustaría vivir, si es que le interesa conocer mi opinión.

—Bueno, sólo estará poco tiempo —dijo la joven, y dando un grito, lanzó su caballo por la vertiente.

Joe dio orden de proseguir, pero de pronto se quedó inmóvil contemplando la figura de un mexicano que había sobre una roca unas yardas más arriba. El mexicano estaba apostado de centinela, a juzgar por el rifle que tenía entre las manos. Poco más allá había otros hombres en actitud semejante.

—¿Qué opinas, Joe? —preguntó Kenner—. Aquí hay demasiada gente armada.

—Es lo lógico. No le traemos caramelos a Rodríguez, sino armas. Seguro que tendrá hombres que hasta ahora habrán tenido que contentarse con un cuchillo.

—Espero que no tengamos dificultades.

—No las puede haber. Si ese Rodríguez intenta jugarnos una mala pasada, le salto la tapa de los sesos. Hemos recorrido quinientas millas para entregarle su mercancía y cobraremos la parte convenida por encima de todo. Es el único dinero con que cuento.

Hubo un silencio. Fred preguntó:

—¿Dónde está la chica?

Joe levantó la mirada y frunció el ceño al no ver a la muchacha que les había servido de guía.

En aquel instante fueron apareciendo mexicanos a ambos lados del camino. Todos ellos iban armados y los había por docenas. Estaban escondidos entre las rocas y los cactus, y en cuanto

quedaban al descubierto se mantenían firmes, inmóviles, sin expresión alguna en los rostros.

—Es un buen recibimiento —comentó Fred, por lo bajo.

Joe observó las caras morenas, la mayoría de ellas sucias; los grandes sombreros, los pantalones de hilo, los antiguos fusiles que aquellos tipos empuñaban…

—Forman una pandilla estupenda para meterlos en un museo —comentó.

—No parece que estén muy contentos de vernos aquí.

—Ten el revólver listo, por si acaso.

—Es un buen consejo, y lo voy a aceptar.

Llegaron a las casas y se internaron por una calleja. En las fachadas había ventanas enrejadas, y tras ellas mujeres que permanecían tan inmóviles como los mexicanos de pie en las puertas, siempre con el fusil entre las rodillas.

En medio de la calle, Joe vio a un hombre que estaba cerca de lo que parecía una iglesia.

Cuando estuvieron frente a él, Joe pudo observar que se trataba de un hombre de unos treinta años de edad, de rostro simpático, y en el que no aparecía ninguna característica del indio.

—Bien venidos a Rosita —dijo, quitándose el sombrero al tiempo que hacía una reverencia.

Joe tironeó de las bridas y levantó el brazo para que los carros se detuviesen.

—¿El señor Rodríguez?

El hombre que había de pie en tierra sonrió:

—Oh, no soy el señor Rodríguez. Mi nombre es Esteban Expósito, para servirles —hizo una pausa y prosiguió—: Ustedes deben de estar cansados por el largo viaje. Vengan conmigo, por favor. Mis hombres se encargarán de sus cabalgaduras.

Sin esperar una respuesta de los viajeros, dio una palmada e inmediatamente los mexicanos que había cerca se acercaron.

Joe Bronson se mantuvo unos momentos vacilante sobre la silla, y, finalmente, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza a Fred.

Inmediatamente, ambos desmontaron.

Joe se volvió hacia el resto de sus hombres.

—Esperad aquí, muchachos. Volveremos enseguida.

Esteban Expósito había iniciado ya la marcha; fueron tras él.

Entraron en un patio en el que crecían unos cuantos árboles. En el centro había una fuente de la que manaba, hacia el cielo, un chorro de agua. El lugar parecía fresco y acogedor. Ascendieron a un porche y Esteban abrió una puerta.

—Pasen, caballeros.

—Usted primero —dijo Joe.

El mexicano sonrió levemente, pero por fin fue él quien traspasó el umbral de la casa seguido de sus invitados.

Joe y Fred se quedaron asombrados al ver que el interior no estaba en consonancia con lo que habían visto en la calle.

El piso era de baldosas. Cerca de las paredes había sillas de madera labrada, y de aquéllas colgaban cuadros en los que se reflejaban hombres que habían vivido doscientos o trescientos años antes.

Esteban abrió una puerta e hizo un movimiento con la mano cediendo de nuevo la prioridad a los hombres que le acompañaban.

Esta vez Joe no dijo nada y entró con su compañero.

La habitación era una biblioteca en la que había grandes estanterías adosadas a la pared, llenas de libros y legajos. Dos ventanas abiertas dejaban pasar oleadas de aire fresco, y a la otra parte se veían las verdes hojas de los árboles.

—Aquí estaremos más tranquilos —dijo Esteban—. Siéntense, están en su casa.

Los dos americanos se miraron y se decidieron a ocupar sendos sillones forrados de terciopelo. Los muelles crujieron bajo su peso.

—¡Demonios! —exclamó Fred—. El señor Rodríguez sabe lo que es la buena vida.

Esteban sonrió y se acercó a una mesa donde había una botella y unos vasos. Escanció en los vasos y regresó junto a Joe y Fred.

—Es tequila, nuestra bebida nacional. Siento no poder ofrecerles *whisky*.

—Está bien —dijo Joe, y cogió un vaso invitando a Fred a que lo imitara.

Bebieron un trago, y después se echó sobre el respaldo del sillón, y dijo, mirando a Esteban:

—Oiga, amigo. Todo esto está muy bien, pero sigo queriendo ver a Rodríguez.

—¿Tiene tanta prisa?

—¿Necesito recordarle que no hemos hecho un viaje de placer, sino de negocios?

—¡Oh! Estoy al corriente de todo —dijo Esteban.

—Pues entonces no queda nada que decir. El señor Rodríguez recibirá sus armas, yo cobraré mi dinero y todo quedará zanjado.

—Pero ustedes están agotados. Debieran quedarse aquí. Este pueblo, Rosita, es un verdadero paraíso.

—No tengo nada contra su pueblo, pero preferimos marcharnos cuanto antes.

Esteban Expósito se humedeció los labios con la punta de la lengua, y después dijo:

—Desde luego, su estancia aquí solo será la necesaria.

—¿Qué quiere decir? No le comprendo.

—Pues verá, el caso es que el señor Rodríguez no se encuentra en Rosita en este momento.

Sobre la habitación cayó un pesado silencio.

Joe se levantó de un salto.

—¿Dice que no está el señor Rodríguez?

—No, señor.

—¿Dónde se encuentra?

—Un poco lejos, en la ciudad de Nadadores, a unas treinta millas al Sur.

—¿Por qué nos ha traído entonces aquí?

—Porque nos interesaba usted mucho, señor Bronson. Usted y su mercancía.

Hubo otra larga pausa, y de pronto, Joe desenfundó el revólver y apuntó con él a Expósito.

—Va a cantar y deprisa, amigo.

Esteban miró el negro ojo del «Colt».

—No se ponga nervioso, señor Bronson.

—¿Quién se pone nervioso? Ahora me doy cuenta de que esto es una encerrona y va a explicarme en qué consiste el misterio o le mando con esos tipos de los cuadros antes de que tenga tiempo de respirar dos veces.

—Usted es un hombre de negocios, señor Bronson.

—Lo soy. ¿Y qué?

—Quizá le interesa conocer otra proposición sobre su mercancía.

Joe miró con curiosidad a Expósito, y finalmente, sus labios,

empezaron a distenderse en una sonrisa.

—Ya comprendo. Ustedes también quieren comprar las armas.

—Eso es —convino Esteban.

Joe levantó el revólver y se frotó una mejilla con el cañón.

—Eso es a lo que yo llamo hablar en cristiano.

—Celebro que coincidamos por una vez —asintió el joven.

—Déjese de rodeos. ¿Cuál es su oferta?

—No soy yo quien deba hacérsela, señor Bronson.

—¿Quién, entonces?

—Sólo tendrá que esperar unos minutos. ¿Por qué no beber el tequila mientras tanto?

Joe quedó un rato pensativo, y luego asintió con la cabeza, hizo girar el revólver en su dedo índice y lo enfundó. Cogió un vaso de tequila y bebió un largo sorbo.

Vio un cuadro sobre la pared tras una mesa y lo señaló con un dedo.

—¿Quién es ese tipo de los bigotazos? —preguntó.

—Don Gumersindo García y García, uno de los virreyes de México cuando este país estaba bajo el mando de los españoles. Él también era español, pero dedicó toda su vida a México. Realizó una gran obra y todavía existen pruebas de su valía.

—¿Vivía aquí?

—No, esta casa era su residencia de verano. Solamente pasaba en ella algunas temporadas.

Joe bebió otro trago de tequila con los ojos fijos en los de don Gumersindo.

De pronto, se oyó un taconeo rápido, se produjo un chasquido y una puerta quedó abierta.

Joe giró sobre sus talones.

Una mujer acababa de entrar en la habitación. Debía haber cumplido recientemente los veinte años de edad. Su rostro era bello y poseía unos ojos grandes, negros, cubiertos de sedosas pestañas, y unos labios frescos y rojos como la grana. Cubría su esbelto cuerpo con un vestido blanco muy entallado al busto y a las caderas.

—La señorita Lupe García —dijo Esteban Expósito.

Joe y Fred se quedaron estupefactos.

Era la misma joven que les había salido a su encuentro y llevado hasta aquel pueblo.

CAPÍTULO II

Lupe García dio unos pasos hacia el centro de la habitación.

Joe volvió la cabeza hacia el cuadro y lo señaló con el dedo, diciendo:

—García, ¿eh? Como el tipo de las barbas.

Esteban carraspeó suavemente.

—La señorita Lupe es la última descendiente del virrey.

—Sí —murmuró Joe, hablando entre dientes—. Y al parecer, también la señorita Lupe conserva algunas cualidades del viejo.

La hermosa joven sonrió, mientras decía:

—Supongo que no se habrá enfadado demasiado, señor Bronson, y usted tampoco. ¿Verdad, señor Kenner?

—Desde luego que no —dijo Fred, sonriendo también.

—¡Yo sí me he ofendido! —exclamó con voz áspera Joe—. Hemos sido traídos aquí engañosamente y me gustaría conocer la razón.

Lupe García se mantuvo en silencio mirando con fijeza a Joe; finalmente, tomó asiento en una silla.

—¿Le parece que discutamos el asunto sentados, señor Bronson?

—Estoy bien de pie. Lo único que deseo es que me responda prontamente.

—De acuerdo, señor Bronson. Aunque supongo que Esteban ya se lo habrá explicado. Necesitamos sus armas.

—Usted no es la destinataria, señorita García.

—Ya lo sé qué no. Por eso tienen que ser nuestras a cualquier precio.

—¿Cualquier precio?

—Exacto, señor Bronson.

Joe sacudió la cabeza de arriba abajo.

—Corriente, señorita García. Rodríguez me daba veinticinco mil dólares por las armas. ¿Cuánto da usted?

—Considero que veinticinco mil dólares es una buena cantidad. Estoy segura de que le costaron mucho menos.

—No es asunto suyo lo que yo gane en esta operación. He invertido mi dinero y me he jugado el pellejo para traerlas aquí. Por veinticinco mil dólares se las entregaba a Rodríguez. ¿No hace una oferta mejor?

Fred Kenner intervino rápidamente:

—¿Qué más da uno que otro, Joe? Después de todo, si las armas se quedan aquí nos ahorramos un viaje de treinta millas.

—Tú te callas —le respondió Joe, con brusquedad—. Yo soy quien dirige el negocio y lo haré a mi manera.

Hubo un largo silencio que interrumpió Lupe García para decir:

—Así pues, usted no se conforma con veinticinco mil dólares.

—No.

—¿Quizá veintisiete?

—Suba un poquito más.

—Está bien. Usted gana. Le daré treinta mil dólares.

Joe Bronson levantó las manos con las palmas hacia arriba, mientras a sus labios afloraba una sonrisa.

—¿Ve como ahora me convence de que verdaderamente necesita mi ferretería?

Lupe García se levantó de la silla, murmurando irónicamente:

—Da gusto tratar con un caballero.

Joe se dio por aludido, y repuso mientras hacía una cómica inclinación:

—Es un honor hacer un pacto con una dama.

Lupe le dirigió una mirada fulminante y se dirigió al mexicano.

—¿Están preparadas las habitaciones de los invitados, Esteban?

—Desde luego, Lupe.

—Condúcelos arriba.

La joven fue a dar media vuelta para salir de la habitación, pero de pronto Joe dijo:

—Eh, un poco más despacio, amiguita.

La muchacha volvió la cabeza, las cejas enarcadas y las aletas de la nariz palpitantes.

—¿Qué quiere, señor Bronson?

Joe frotó el dedo pulgar con el índice de la mano derecha en ademán significativo.

—Los pavos.

—¿El qué?

—Los pavos, la manteca, el dinero, señorita García.

Los senos de la muchacha se agitaron embravecidos.

—¿Es que no se fía de mi palabra?

—¡No!

—Es usted muy sincero.

—Desde luego, señorita García.

—Y no confía en nadie.

—Totalmente exacto. Tanto es así, que mi mano derecha no se fía de la izquierda.

—Muy elocuente, señor Bronson.

—¡Déjese de pamplinas! ¡El dinero!

Lupe García se mordió el labio inferior, irritada, y exclamó:

—¡Es usted un truhan, señor Bronson!

—Claro que sí, soy un truhan; pero será mejor que no se ponga a mi altura. Pague y podrá seguir presumiendo de antepasados.

La joven levantó un brazo instintivamente sobre su pecho y su mano se crispó sobre el escote.

—Veo que ustedes han perdido la calma —dijo Esteban Expósito.

—¿De veras? —sonrió Joe, sin dejar de mirar a Lupe.

—Escúcheme, señor Bronson —siguió diciendo el mexicano—. Si la señorita García ha dicho que le dará treinta mil dólares por sus armas, puede estar seguro de que tendrá usted su dinero.

—¿Qué es eso de que tendré? ¡Lo quiero ahora!

—El caso es, señor Bronson, que no contamos con la plata en este momento.

—¡No me diga!

—Verá usted, señor Bronson. Enviamos unos cuantos emisarios para reunir esa cantidad. Algunos de nuestros hombres habrán tenido que cruzar la frontera para conseguir el dinero.

—Me tiene sin cuidado todo eso, amigo —dijo Joe—. No puedo esperar aquí a que sus hombres vuelvan con los bolsillos llenos o vacíos. Hemos llegado a un acuerdo en cuestión de precio. Si no tienen dinero, el contrato queda deshecho. Apuesto a que Rodríguez

tiene los veinticinco mil dólares contantes y sonantes.

—Sólo ha de esperar veinticuatro horas —rogó Esteban.

—Es lo que usted dice ahora. Pero luego serán tres o cuatro días o semanas. ¡No, amigos, están equivocados! ¡Vamos, Fred! He tenido mucho gusto en conocerles. Quizá en otra oportunidad lleguemos a entendernos.

Joe echó a andar hacia la puerta pasando por el lado de Lupe. De pronto, la joven gritó:

—¡No puede hacer usted eso, señor Bronson!

—¿Qué es lo que no puedo hacer? —Joe se volvió desde el umbral—. Sólo existe una razón para ello, y es que me dé más dinero. ¡Y usted no lo tiene!

—Existe una razón más importante que el dinero.

—¿Una razón más importante que el dinero? ¿De qué nube baja usted?

Los ojos de Lupe despidieron fuego.

—¡Se trata de nuestra patria, señor Bronson!

Joe la miró asombrado.

—¿De qué ha dicho?

—De México.

—¡Oh, sí, México! —asintió Joe, como si estuviera convencido. Y súbitamente, se quedó inmóvil. Enarcando las cejas, inquirió—: ¿Qué le pasa a México?

—El hombre a quien usted quiere llevar las armas se quiere apoderar del país.

—Está bien. ¿Y qué pasa ahora con él? ¡Por mí puede apoderarse de lo que quiera!

El rostro de la joven se tornó rojo, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse.

—Luis Rodríguez es un déspota, señor Bronson, un hombre poseído por la fiebre del poder. Para él no existen otros intereses ni otra meta en su vida, y por conseguirlo no repara en medios. Quizá no está al corriente de lo que ocurre en México, pero yo se lo explicaré.

Joe hizo un gesto de aburrimiento, pero terminó por mover la cabeza en sentido afirmativo, y Lupe continuó:

—Desgraciadamente, en el momento actual, en nuestro país reina la anarquía. No existe ninguna autoridad centralizada. En las

regiones distantes de la capital se alzan los hombres ávidos de rapiña, que provistos de armas se hacen dueños en poco tiempo de provincias enteras. La mayoría de estos jefecillos se contentan con hacer valer su poder en los límites de la comarca que habitan, pero entre todos ellos ha destacado uno cuya ambición llega más lejos. Quiere llegar a ser dueño absoluto de México, entrar en la capital convertido en héroe. ¿Se da cuenta, señor Bronson?

—Supongo que ese hombre a quien se refiere es Luis Rodríguez.

—No hay otro, señor Bronson.

—Muy bien, señorita García. Escúcheme a mí ahora. Jamás me he metido en política. No entiendo de esas cosas, ni tampoco he pretendido entenderlas. Todo eso que usted me cuenta será muy interesante para usted… ¡Pero a mí me tiene sin cuidado!

—¿Es posible que le deje imperturbable a usted la injusticia, el crimen, la violencia?

Sobrevino un penoso silencio, y luego Joe repuso:

—Esto es México, señorita García, y yo soy americano. ¿Es que cree que le voy a sacar las castañas del fuego? ¿Por quién me ha tomado?

—Lo que trato de hacerle comprender es que si usted facilita esas armas a Rodríguez no habrá nadie ni nada que pueda detenerle. Está esperando esas anuas para arrojarse sobre Chihuahua. En cuestión de unas semanas sumará a sus fuerzas varios miles de hombres y ya no cejará hasta llegar a la capital.

—Ya le he dicho…

—Sí, ya me ha dicho antes unas cuantas cosas —le atajó Lupe—. Usted no conoce a Rodríguez, pero la ciudad de Rosita, por desgracia, sí. Es un verdadero monstruo. ¡Ha secuestrado a niñas que no tenían aún quince años para entregarlas a sus hombres! ¡Ha matado a muchachos por el simple hecho de haberles encontrado con una hoz en la mano! ¡Ha quemado cosechas y casas, ha matado y asesinado! Pero a usted eso no le preocupa.

Esteban acudió al lado de la joven y le puso la mano en un hombro.

Joe Bronson dijo, con voz ronca:

—¿Quién me dice que eso sea cierto? ¿Quién me asegura que no es una historia inventada por usted para hacerse al fin con las armas? —hizo una pausa, mientras daba unos pasos por la

habitación y luego se detuvo señalando el cuadro—: Ese antepasado suyo fue virrey. ¿Qué antepasados tiene Rodríguez?

—Es un hijo del pueblo —contestó Esteban—. Procede de una familia de campesinos.

Los ojos de Joe brillaron.

—Es la respuesta que esperaba, pero la quería oír de ustedes mismos. ¡La cosa está clara! Usted, señorita García, y no Rodríguez, tiene motivos para llevar a cabo ese plan de entrar en la capital de México. Usted es quien puede sentirse más atraída por esos sueños de grandeza. En su familia hubo un virrey y usted ahora no tiene un centavo y se encuentra aquí en esta casa, apartada de la civilización. Usted quiere volver a sentirse admirada por los ojos de los hombres, figurar en las reuniones de los palacios suntuosos. Usted no se resigna a vivir aquí, a ser una persona vulgar a quien la fortuna ha vuelto la espalda.

La joven bajó rápidamente la mano hacia el revólver que gravitaba sobre la cadera de Esteban, pero el joven se dio cuenta de su intención y la aferró por la muñeca.

Joe puso los dedos pulgares en el cinturón y levantó la cabeza sonriente.

—Adiviné sus planes, ¿eh, señorita García? Y por eso ha sentido hervir la sangre.

—Es usted un…

—Un truhan, ya lo sé; y por ello mismo me voy a marchar. A damas de tanta alcurnia como usted no le convienen ciertas compañías.

Diciendo esto, Joe hizo movimiento con la cabeza a Fred y ambos salieron de la habitación.

Mientras cruzaban el vestíbulo, Fred dijo tras un carraspeo:

—Creo que has estado demasiado duro.

—¡Al diablo con eso! Te has vuelto un sentimental.

—Creo que la chica dice la verdad.

Joe se detuvo, golpeando con el dedo el pecho de su amigo.

—¡Te la podrá pegar a ti, muchacho, pero aún me quedan a mí cuatro dedos de sentido común! ¡Salgamos de una vez de este maldito pueblo!

Mientras cruzaban el patio en donde crecía la arboleda, sus oídos fueron heridos por estruendosas voces y carcajadas.

—¿Qué es lo que pasa ahí? —dijo Joe, perplejo.

Imprimieron más celeridad a sus piernas, y poco después salieron a la calle, donde quedaron sorprendidos.

Sus hombres, los jinetes que escoltaban los carros y los conductores de éstos confraternizaban bebiendo y cantando con los habitantes del pueblo.

—¡Maldita sea! —rugió Joe—. ¿Qué hacen esos estúpidos?

—¡Demonios! Deben de haber bebido como cubas… Están borrachos, Joe. Mira a Lloyd, apuesto a que él sólo ha dado cuenta de un litro de tequila.

Joe se dirigió hacia el llamado Lloyd, un tipo robusto, de piernas cortas y anchas espaldas, que estaba tratando de hacer beber a una mexicana. Joe le puso una mano en el hombro y le hizo girar rápidamente. Lloyd soltó una imprecación y miró con ojos vidriosos a Bronson.

—¡Caramba, jefe! Cuánto tiempo sin verle…

—¿Qué te pasa, Lloyd?

—¿Qué me pasa? —balbuceó el muchacho—. Pues que vale la pena hacer un viaje tan largo a este maravilloso pueblo donde hay gente tan simpática. ¡Beba, jefe, beba un trago!

Joe pegó un manotazo al vaso y éste fue a estrellarse contra los guijarros de la calle. Luego cogió por el cuello de la camisa a Lloyd y con la otra mano le abofeteó el rostro hasta cuatro veces.

—¡Condenado bastardo!

Lloyd desorbitó los ojos.

—¿Qué… qué es lo que ocurre, jefe? ¡Me está pegando y nunca lo ha hecho!

—No, Lloyd, nunca te he puesto la mano encima, pero ahora te arrancaría la piel a tiras.

—No le comprendo. ¿Qué he hecho yo?

—¡Avisa inmediatamente a los muchachos que nos vamos!

—¿Ahora?

—¡Sí, ahora! ¿Cómo quieres que te lo diga?

Joe lo empujó hacia delante y Lloyd dio un traspié y se detuvo en medio de la calle.

—¡Escuchadme, muchachos! —empezó a gritar.

Joe oyó a su lado la voz de Fred.

—No vas a adelantar nada, Joe. El camino es malo y los carros

acabarán en el fondo del barranco. Entonces lo habrás perdido todo.

—¿Qué quieres que haga entonces? ¿Que los abrace uno a uno para darles las gracias?

—No tenemos más remedio que quedarnos. Mañana lo arreglaremos. Será cuestión de unas horas.

—¡No!

—Nos vendrá bien a todos.

—¡He dicho que no! ¡Si ellos consideran este pueblo maravilloso, pueden quedarse! ¡Han terminado conmigo!

—¿Qué es lo que vamos a hacer? No querrás transportar tú solo las armas.

—Desde luego que no, pero ya que la señorita García nos trajo hasta aquí, ella será quien se encargue de sacarnos.

—No te entiendo.

—La obligaré a que me preste algunos de sus hombres y ellos serán suficientes para llevar los carros.

Sin esperar una respuesta de su amigo, Joe se dirigió rápidamente hacia la casa que minutos antes habían abandonado, pero Fred fue tras él.

Una vez llegados ante la biblioteca, Joe llamó fuertemente, y la voz de Esteban Expósito autorizó la entrada.

Los dos amigos pasaron dentro.

Lupe García parecía no haberse movido del sitio en que la dejaron al salir.

—¿Qué se le ofrece ahora, señor Bronson? —preguntó ella, con un punto de cólera en la voz.

—No puedo disponer de mis hombres.

—¿Qué les pasa?

—Sus muchachos y las mujeres los emborracharon.

—¡Oh, qué mala suerte!

—Buena o mala, tengo que salir de aquí.

—¿De qué forma, señor Bronson?

—Creo que está claro como el agua. Usted nos trajo y usted nos saca. Préstenos media docena de hombres y quedaremos a la par.

La joven se mantuvo un rato en silencio; después negó con la cabeza.

—No, señor Bronson.

Joe apretó los labios con fuerza.

—Será mejor que rectifique su respuesta, señorita García.

—Yo también soy terca y nunca me vuelvo atrás cuando adopto una decisión.

—Nunca, ¿eh?

—Es lo que acabo de decir.

Joe desenfundó rápidamente y dijo haciendo un movimiento con el revólver:

—Para estas ocasiones tengo a «Mike». Es un amigo estupendo, algo pequeño, pero eficaz. Tiene una boca diminuta, señorita García, pero escupe píldoras de plomo y suelen hacer daño.

—¿Se atrevería a disparar contra mí? —inquirió Lupe, con las pupilas brillantes.

—Contra usted no, pero sería muy lamentable que tuviese que dejar cojo a Esteban. No vine aquí por mi gusto, recuérdelo. Usted me tendió una trampa y no me puede recriminar porque intente ahora escapar de ella.

Hubo una larga pausa.

Fred se mantenía inmóvil contemplando aquella escena, y Esteban permanecía también imperturbable a pesar de la amenaza de Joe.

—Usted no va a disparar contra nadie, señor Bronson —exclamó Lupe, con la respiración entrecortada.

—Es lo que usted cree.

—Si usted aprieta ese gatillo, lo acribillarán a balazos.

—¿Quién me va a acribillar a balazos?

—Los veinte hombres que en estos momentos apuntan con sus fusiles a su espalda.

Joe interrumpió hasta el resuello y luego, tras un largo silencio, preguntó:

—¿Es cierto, Fred?

Oyó cómo se volvía Fred. Por fin le llegó la respuesta:

—Sí, Joe; es cierto.

Bronson dio media vuelta lentamente y contemplo los cañones de los fusiles que asomaban por la ventana los rostros que había a la otra parte. Luego giró sobre sus talones quedando con la mirada fija en Lupe.

—Se las sabe arreglar sola, ¿eh?

—Usted me ha obligado a ello.

—Entonces soy su prisionero.

—Es muy fea esa palabra. Digamos que son ustedes mis invitados.

—Ya tiene las armas. ¿Por qué no nos deja ir?

Lupe García se dirigió hacia la puerta y una vez ante ella se volvió y dijo:

—Porque quiero pagar por ellas el precio convenido. Treinta mil dólares, señor Bronson.

Inmediatamente después de decir estas palabras salió de la estancia.

Esteban Expósito avanzó hacia Joe y le quitó el arma, haciendo lo mismo con Fred Kenner. Luego el mexicano dijo con voz jovial:

—¿Quieren seguirme, caballeros? Les conduciré a sus habitaciones.

Fred Kenner dirigió una mirada a Joe, pero éste bajó al suelo los ojos y fue tras Esteban.

CAPÍTULO III

Esteban Expósito les condujo a una de las habitaciones del piso superior, la cual estaba provista de dos camas, un lavabo, una mesa y varias sillas.

Joe caminó hacia una ventana y echó una mirada al exterior, observando el patio donde crecía la arboleda. Había una buena distancia de allí al suelo, y ninguna persona con sentido común se arriesgaría a saltar buscando una hipotética libertad.

La voz de Esteban Expósito interrumpió sus pensamientos.

—Créanme, caballeros, que lo siento mucho. Me habría gustado más que esto no hubiera ocurrido.

—Dígaselo a su patrón —contestó Joe con acritud—. Para nosotros ya no vale.

—Comprendo que esta situación haya provocado su resentimiento, señor Bronson; pero nosotros no teníamos más remedio que hacernos con esas armas.

—Ya las han conseguido. Ahora sólo falta que me diga qué es lo que han hecho con el verdadero mensajero del señor Rodríguez.

Esteban sonrió.

—¡Oh!, pierda cuidado por él. El enviado del señor Rodríguez se encuentra perfectamente. La señorita García sólo quería hacerlo prisionero para que le comunicase la consigna que había entre ustedes.

—¿Por qué la señorita García salió a nuestro encuentro ocupando el lugar del emisario? Usted mismo o cualquiera de sus hombres pudo hacer ese trabajo.

—Desde luego, lo podía haber hecho cualquier hombre. Era lo más indicado, pero la señorita García no quiso confiar esa misión a nadie. A su juicio, si ustedes se negaban a acompañarla, tendría que

conseguirlo por la fuerza, y naturalmente, entre nosotros no hay nadie que posea la habilidad de ella con el revólver.

—Sí, ya nos dio una buena demostración de esa habilidad.

—La señorita García ha sentido una especial afición por las armas desde pequeña. Su padre también era un buen tirador y fue quien la inició, pero ella ha superado todos los pronósticos.

—¿Qué es usted de ella? ¿Acaso su marido?

—No, señor Bronson. No soy su marido. La señorita García no está casada. Aunque no le han faltado pretendientes, ha preferido mantenerse soltera.

—Bien, amigo. Dígame qué es lo que van a hacer ahora con mis muchachos.

—Nada absolutamente, señor Bronson. Les daremos alojamiento y procuraremos que lo pasen lo mejor posible en Rosita. —Esteban hizo una pausa y añadió con una sonrisa—: Naturalmente, a estas horas han sido despojados de sus armas. De esta forma, su estancia entre nosotros será completamente venturosa.

—Tengo mis dudas a este respecto —dijo Joe con voz opaca.

—No debe ser tan pesimista, señor Bronson. La señorita García siempre hace las cosas bien. Ustedes serán nuestros invitados hasta que hayamos logrado reunir los treinta mil dólares. Cuando esto ocurra, el dinero pasará a su poder y entonces usted y sus amigos se marcharán de aquí felices.

—Es usted un tipo muy gracioso. Lo han organizado todo muy bien, sin un solo fallo, pero esperen al final. Quizá no sea el que ustedes han pensado.

—Si yo estuviese en su lugar, señor Bronson, dejaría correr el agua tal como ustedes los americanos dicen. Tienen un buen alojamiento y una gran oportunidad de conocer nuestra rica cocina. Deben estar muy cansados tras largos días de viaje y ahora pueden dormir a pierna suelta. Sólo tiene que esperar a que le demos el dinero —sonrió—. Para ustedes será algo así como unas cortas vacaciones.

Hubo un silencio, y finalmente Esteban giró sobre los talones y se dirigió hacia la salida. Ya en el umbral, con la mano en el pomo de la puerta, se detuvo y volvió la cabeza.

—No intente nada, señor Bronson. Detrás de esta puerta, en el corredor, quedará un centinela, y habrá otros en el patio. Sería

lamentable que por terquedad nos obligase a agujerearle la piel.

Inmediatamente que Esteban hubo cerrado la puerta, Fred Kenner se rascó el cogote, murmurando:

—¿Sabes lo que te digo, Joe? Que ese fulano tiene razón.

—¡Y un cuerno!

—Después de todo, se han portado bien. Nos han limpiado las armas, pero nos las van a pagar. Estamos en su poder, y otras personas en su caso no harían otro tanto.

—¡Escucha, pedazo de idiota! ¿Dónde está el dinero?

—Han dicho que lo traerán.

—¡Al infierno con eso! —exclamó, paseando por la estancia—. Estos bandidos nos han robado las armas y no nos pagarán por ellas ni un solo centavo.

—¿Por qué entonces nos iban a dejar con vida? ¿Por qué demonios nos han metido aquí, en esta habitación?

—Está tan claro como el agua. Terminarán por proponernos que luchemos a su lado. En México hay miles de compatriotas nuestros que han unido su suerte a una u otra pandilla. Ya oíste a la señorita García; es en lo único que dijo la verdad, que en México cunde la anarquía. Nosotros somos veteranos de la guerra civil y tenemos un valor inapreciable para ellos. Sabemos utilizar las armas y conocemos un montón de recursos.

—¿Y qué es lo que piensas hacer si nos lo proponen?

—He de devolverles la mala pasada que nos han hecho. Esa muchacha nos ha tomado por dos destripaterrones, y palabra que he de bajarle los humos.

—Creo que eso va a ser un poco difícil. Tiene una condenada puntería.

—Por eso me va a gustar más enfrentarme con ella, pero antes de que ese momento llegue voy a echar un sueñecito.

Joe se tendió en la cama que estaba más próxima a la ventana y Fred ocupó la otra. Pocos minutos más tarde los dos hombres dormían a pierna suelta.

Fueron despertados por alguien que llamaba a la puerta, y cuando Joe dio la autorización para que entrasen, apareció un mexicano con una gran bandeja entre las manos. Sobre la bandeja había humeantes platos.

—¡Canastos! —exclamó Fred—. Eso parece que huele bien.

Los dos amigos se acercaron a la mesa en la que el mexicano había dejado la bandeja, y pronto acercaron sillas y empezaron a comer.

El mexicano se hizo a un lado, manteniéndose inmóvil y callado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Joe entre dos bocados.

—La señorita García me ha dicho que me quedase hasta que ustedes hubiesen terminado por si acaso me necesitaban.

Fred miró a Joe, y comentó:

—Al parecer, la señorita García piensa en todo.

Terminada la cena, el mexicano volvió a salir con el servicio.

Joe sacó tabaco y papel, y liaron cigarrillos.

Estaba oscureciendo, y a los árboles del patio acudían centenares de pájaros que revoloteaban de una rama a otra produciendo un gran alboroto.

Estaban terminando los cigarrillos cuando entró Expósito.

—¿Qué tal se encuentran, amigos? —preguntó solícito, con una sonrisa en los labios.

—Maravillosamente —contestó irónico Joe—. Estamos a punto de rogarles que nos dejen permanecer aquí un par de años más. A Fred y mí nos gusta la buena vida, y ustedes nos la proporcionan en grande.

—Celebro que estén de mejor humor.

—Claro que sí. Usted lo celebra todo: que lleguemos a Rosita, que nos sintamos optimistas y que nos hayamos comportado tan estúpidamente. ¿Qué más, amigo?

—¿Quieren acompañarme? La señorita García quiere hablar con ustedes.

Joe y Fred se miraron y el primero dijo:

—Apuesto a que es muy interesante lo que tiene que decirnos.

—Ustedes comprobarán —dijo Esteban, e hizo un movimiento con la mano, invitándoles a salir de la habitación.

Fueron abajo, a la biblioteca, donde ya los esperaba Lupe, la cual se cubría ahora con un vestido negro de escote ribeteado por un encaje. La joven, más hermosa aún que durante el día, se hallaba de pie cerca de la ventana, y cuando entraron los americanos acompañados por Esteban les saludó, diciendo:

—Supongo que habrán descansado.

—Supone bien —repuso Joe—, pero no nos habrá llamado

solamente para cerciorarse de ello.

—No. Desde luego que no —contestó la descendiente del virrey —. ¿Quieren sentarse?

—Estamos bien de pie —dijo Joe.

—Como quieran. El caso es, caballeros, que quería hacerles una oferta.

Joe sacudió la cabeza mirando de soslayo a su amigo.

—¿De qué se trata, señorita García?

Lupe dio unos pasos mirando al suelo, como si tratase de poner en orden sus ideas, y finalmente levantó la mirada, y dijo, deteniéndose:

—Ustedes nos han proporcionado una gran oportunidad de pertrecharnos de armas, pero ocurre que nuestros hombres desconocen el funcionamiento de esos fusiles modernos. Carecemos de instrucciones, y el que se haga un uso adecuado de esas armas nos costaría un sin fin de tiempo.

—Comprendo —asintió Joe.

—He pensado que ya que ustedes están aquí, podían enseñar a los muchachos a manejar los fusiles, además de otras cosas muy útiles.

—Así pues, nos necesita —dijo Joe.

—Sí, señor Bronson, les necesito. Naturalmente pienso ser generosa con ustedes.

—¿Hasta dónde llega su generosidad?

—Les daré quinientos dólares mensuales, y si conseguimos derrotar a Rodríguez recibirán una prima especial de mil.

Sobrevino un largo silencio, y luego Joe se echó a reír.

—¿De qué se trata, señor Bronson? —preguntó Lupe con las cejas enarcadas.

—Me ha hecho gracia su proposición.

—¿Por qué?

—Nos debe ya treinta mil dólares por las armas, y ahora nos ofrece un sueldo que no está mal del todo. Hasta ahora no hemos visto un solo centavo. ¿Cuál es su proyecto, señorita García? ¿Acumular la deuda y esperar a que las balas acaben con nuestras vidas para ahorrarse el pago?

—No espero tal cosa, señor Bronson —respondió Lupe con un brillo de cólera en los ojos—. Yo siempre cumplo mi palabra.

Ustedes tendrán los treinta mil dólares, más el otro dinero.

—Yo le voy a hacer una contraoferta, señorita García. Liquide usted la deuda que ha contraído conmigo al quedarse con las armas y luego responderé a su segunda propuesta.

Lupe irguió la barbilla desafiante.

—De acuerdo, señor Bronson.

Hubo otra pausa, y finalmente, Joe dio media vuelta y salió de la biblioteca seguido por Fred Kenner.

Una vez recluidos de nuevo en la habitación que les había sido destinada, Fred comentó:

—¿No está mal eso, eh, Joe?

—Todo es una historia para niños. Ella esperaba encandilarnos con su proposición. Si hubiésemos aceptado habría pasado el tiempo demorándonos el pago una y otra vez. Esa mujer sabe lo que se hace. Todo su juego consistiría en esperar a que Rodríguez y sus hombres nos liquidasen.

—¿Y si no fuese así?

—En tal caso, Lupe misma habría firmado nuestra sentencia de muerte. ¿Qué clase de ingenuo eres, Fred? Esa chica no tiene un solo dólar de plata. ¿De dónde va a sacar los miles de que le hacen falta para pagarnos las armas y los sueldos? Si has dado crédito a sus palabras, terminaré por creer que el sol de México se te ha metido en la sesera.

—Está bien, Joe, no te pongas así; pero la verdad es que cuando oigo hablar a esa muchacha me da la impresión de que no hay una doble intención en ella.

—Tú eres un tipo muy listo con las mujeres, las conoces muy bien. Por eso te engañaron Jayne, Susan y Betty… ¡También dijiste lo mismo de ellas! Eran unas ingenuas, todas te decían la verdad. ¿No te acuerdas, Fred? ¿Por qué no lo tienes siempre presente? Una tras otra han resultado embusteras y traidoras. ¿Qué es lo que necesitas que te hagan para que termines de creerlas?

Fred Kenner se miró la punta de las botas, avergonzado.

—Quizá mi destino sea que me engañe siempre una mujer.

—No hay nada de eso. El destino nos lo forjamos nosotros mismos, Fred. Todo lo demás son zarandajas. Una persona sólo depende de sus actos, y por tanto hay que poner mucho cuidado en lo que uno hace. Ya me has visto a mí. No he accedido a la

pretensión de esa aventurera. ¡Que nos entregue los treinta mil dólares luego empezaremos a hablar! Pero, naturalmente, ese dinero ella no lo conseguirá nunca.

—Suponiendo que ocurra como tú dices. ¿Qué va a pasar después?

Joe se quedó pensativo, y de pronto sus cavilaciones fueron interrumpidas por la entrada súbita en la habitación de un mexicano que empuñaba un revólver.

Los dos amigos volvieron la cabeza hacia la puerta vieron cómo el mexicano se llevaba un dedo a los labios rogándoles silencio.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Joe, frunciendo los ojos.

El mexicano dio unos pasos hasta hallarse cerca de Bronson, y luego dijo:

—Soy un partidario de Luis Rodríguez, amigos.

—¿Un espía, eh? —dijo Joe.

—El señor Rodríguez es muy astuto y me ordenó me pasase a las filas de la señorita García para tenerle al corriente de lo que ella pensaba hacer.

—No está mal. ¿Qué haces aquí?

—Desgraciadamente no me pude enterar del plan de la señorita García para apoderarse de las armas que ustedes traían, y así lo pudo llevar a cabo.

—Eso ya ha pasado.

—Sí, y ahora sólo puedo ayudarles a escapar. Mi guardia en el corredor ha empezado ahora y terminará a las dos de la mañana. Para entonces hemos de haber salido de aquí.

—De acuerdo, amigo. ¿Cómo te llamas?

—Juan Manuel Ocampo.

—Muy bien, Juan Manuel. ¿Crees que va a resultar fácil?

—He conseguido la colaboración de un hombre del pueblo que les tendrá a ustedes preparados dos caballos. Yo ya tengo el mío. Aquí todo el mundo duerme alrededor de las doce. Será la hora indicada para que nos marchemos.

Joe se apretó las sienes con la mano derecha.

—No basta con eso, Juan Manuel.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Que no me gustaría nada salir de aquí sin las armas.

Fred Kenner dio un respingo.

—¿Qué idea es ésa, Joe?

—Ya lo has oído. Nos iremos de aquí con nuestros carros.

—¡Pero eso va a ser imposible!

Joe hizo un gesto con la mano para que su amigo callase y se dirigió de nuevo a Ocampo.

—Escucha, Juan Manuel, ¿dónde están las armas?

—Continúan en los carros, señor. En un granero que hay en la parte de atrás de esta misma casa; pero lo que dice su amigo es cierto. Es imposible que las podamos sacar de allí. Hay seis hombres que las vigilan.

—Podemos sorprenderlos.

—Pero si logra dar cualquiera de ellos la voz de alarma o se dispara un tiro, se despertará todo el pueblo y entonces no habrá salvación para ustedes ni para mí.

—Es un riesgo que vamos a correr.

Fred Kenner lanzó un gruñido, y luego comentó:

—Creo que va a ser lo mismo que si nos suicidamos.

—Escucha, Fred. Rodríguez nos iba a pagar veinticinco mil dólares por esas armas. Sabes que es toda mi fortuna y que sin ese dinero ninguno de nosotros cobrará por el trabajo de haberlas traído hasta aquí. Suponiendo que lográsemos escapar sin ellas, ¿qué es lo que íbamos a hacer con Rodríguez? ¿Presentarnos ante él diciendo que esta mujer, Lupe, nos ha engañado? Yo te diré lo que haría si estuviese en su lugar. ¡Arrancar la piel a tiras a los dos tipos que hubiesen consentido tal cosa! ¡No, Fred! Voy a recuperar esos rifles, aunque sea lo último que haga en mi vida. —Joe miró rápidamente al mexicano—: ¿Estás de nuestra parte, Juan Manuel?

—De acuerdo, señor.

—Muy bien. Tú harás de guía. A las doce en punto nos pondremos en camino. Retiraremos de la circulación a los centinelas que haya apostados abajo en la escalera y luego iremos a la parte de atrás a por los carros.

Los labios de Juan Manuel se estremecieron.

—Pero no podremos sacarlos de aquí, señor Bronson.

—¿Quién dice que no?

—No todo consiste en librarse de los hombres que los guardan, sino en salir de Rosita. El ruido de los carros despertará a la población.

—Eso es cuenta mía, amigo —dijo Joe—. ¿Acaso tienes miedo?

—No, señor, no tengo miedo.

—Entonces el asunto irá como una seda. Vuelve a tu puesto antes de que se den cuenta de tu ausencia.

Juan Manuel se dirigió a la puerta, pero antes de salir dijo:

—Será mejor que no se muevan de aquí hasta que les dé la señal. Yo elegiré el mejor momento para ello.

—Desde luego, Juan Manuel —convino Joe.

El espía de Luis Rodríguez salió fuera, cerrando tras de sí.

Durante un rato, en la habitación reinó el silencio. Finalmente, Fred dijo:

—Sigo pensando que es una locura, Joe.

—Lo sea o no, vamos a intentarla.

—¿Qué te parece este plan, Joe? Nos escapamos con Juan Manuel y nos dirigimos al campamento de ese Rodríguez. En cuanto él se entere de que nos han quitado las armas, pondrá en pie de guerra a todos sus hombres para recuperarlas. Nosotros vendremos con ellos y tú no perderás tu dinero ni nosotros el nuestro.

—Está decidido, Fred; pero si crees que el negocio no vale la pena puedes largarte.

—¿Marcharme yo y dejarte a ti?

—Eso es lo que he dicho.

Fred apretó los labios con fuerza.

—Debería romperte la crisma por pensar eso de mí, Joe. ¿Cuándo te he dejado en la estacada?

Joe acudió al lado de su amigo y le golpeó afectuosamente en un brazo con el puño cerrado.

—Gracias, Fred. Sé que eres de los buenos.

—Eres un condenado cabezota, Joe, pero la verdad es que siempre termino por verme mezclado en tus asuntos.

—Ya te advertí en Texas que una vez me viese con el dinero en la mano se acabarían las correrías.

—¿Cuántas veces has dicho lo mismo?

—Esta vez va en serio, muchacho. Si cobro los veinticinco mil dólares de Rodríguez, me quedarán veintitrés una vez os pague. Compraré aquel rancho que me ofrecieron, el que vimos en Navasota. Tiene una buena tierra de pasturaje y apuesto a que en pocos años soy el afortunado propietario de las mejores reses del

Estado.

—No niego que es un bonito sueño.

—Nada de sueño, Fred. Es algo que toco con los dedos. Ya tendría el dinero en mi poder y estaríamos de regreso, si no hubiese sido por esta mujer que se nos ha cruzado en el camino.

—No está mal, ¿eh?

—¿Qué es lo que no está mal?

—¿No estabas hablando de ella?

—¿De Lupe García? Bueno, reconozco que es un buen ejemplar.

—¡Por las barbas de Abraham! ¡Si jamás mis ojos han visto una hembra como ella! Lo que te pasa a ti es que no quieres dar tu brazo a torcer.

—Tú te ofuscas demasiado pronto.

—¿Me ofusco, eh? Anda, dime: ¿Qué mujer de las que tú has conocido tiene sus dimensiones? Apuesto a que mide ciento nueve de busto y ciento doce de cadera.

—¿Qué quieres? ¿Que nos proveamos de un metro y le supliquemos a la señorita García se deje medir antes de formalizar nuestra apuesta? —rió Joe—. Será mejor que olvides eso. No niego que sea una hermosa mujer, pero me tiene sin cuidado… ¡Lo único que me importa es mi dinero!

Joe se tendió de nuevo sobre la cama, y pasando las manos bajo la cabeza clavó la mirada en el techo, sumergiéndose en una honda meditación.

Fred Kenner observó a su amigo durante un rato, y finalmente se encogió de hombros y fue a sentarse en un sillón.

Las horas fueron desgranándose sin que entre ellos se cruzase palabra alguna.

Joe consultó varias veces su reloj. Cuando pasaban varios minutos ya de las doce, la puerta se abrió de golpe y apareció de nuevo Juan Manuel, revólver en mano.

—¡Dense prisa! ¡Es el momento!

Joe saltó de la cama.

—¿Estás decidido, Fred? Podemos perder la vida en la huida.

—Prueba a desembarazarte de mí y te la ganas.

Joe hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, y los dos amigos salieron tras el mexicano.

Después de recorrer sigilosamente el pasillo, llegaron al pie de la

escalera.

Joe hizo un movimiento rápido y quitó el revólver de la mano de Juan Manuel, quien volvió la cabeza.

—¿Qué hace?

—No tengo armas, amiguito, y soy yo quien va a dirigir esta operación. ¿Dónde está el centinela?

—Abajo. Pasea de un lado a otro. Mírele, ya viene.

Juan Manuel se echó atrás, y Joe asomó unas pulgadas la cabeza por entre los barrotes de la baranda. Vio al guardián que andaba con paso lento, las manos a lo largo de los costados. Llegado al pie de la escalera, se volvió y Joe se escondió rápidamente. Las pisadas del centinela se fueron alejando. Joe se volvió hacia sus compañeros.

—Voy a bajar. Cuando vuelva la próxima vez me lo quitaré de encima. No hagáis nada hasta que yo os llame.

Sin recibir ninguna respuesta, el joven descendió y se agachó junto a la baranda en el último escalón, desde donde no podía ser visto por el vigilante a menos que éste hiciese algún extraño movimiento. Nuevamente, los pasos fueron acercándose y Bronson interrumpió la respiración.

El centinela llegó hasta la escalera; Joe pudo ver la parte izquierda de su ancho sombrero.

El mexicano miró hacia arriba como la vez anterior, pero comprobó que todo seguía en orden y dio la vuelta. Entonces Bronson se levantó como un rayo y le descargó un culatazo junto a una oreja.

El sorprendido guardián se desplomó sin emitir una sola protesta y quedó exánime en el suelo. Luego, Joe tiró el revólver al aire y lo cogió por la culata mirando hacia todas las puertas que había en el vestíbulo de baldosas. Esperó un rato para cerciorarse de que la caída del centinela no había sido oída por nadie, y luego siseó.

Fred Kenner y Juan Manuel descendieron rápidamente.

Fred tomó posesión del revólver del desvanecido.

—¿Por dónde podemos llegar al patio en que están los carros? —preguntó en voz baja Joe.

—Se puede entrar por aquí o por la parte de atrás —contestó Juan Manuel—. Aquella puerta del fondo nos conducirá a él. Si quieren la otra entrada, tendremos que salir a la calle, pero delante

de la casa hay también centinelas.

—Iremos por dentro. ¡Llévanos enseguida!

Juan Manuel emprendió la marcha, y poco después abría una puerta que daba acceso a un húmedo corredor. Al fondo había otra puerta, y en la parte inferior se veía una línea horizontal de luz.

A sus oídos llegó una fuerte risotada.

—¿Están ahí detrás? —preguntó Joe.

Juan Manuel hizo un movimiento afirmativo.

—Está bien, ponte a la retaguardia. Fred y yo haremos el trabajo.

Juan Manuel obedeció, y los dos amigos avanzaron hacia el final del pasillo. Llegado ante la puerta, Joe puso la mano en el pomo y la hizo girar silenciosamente.

De pronto dio un tirón y se coló dentro, mientras gritaba:

—¡Al que se mueva lo abraso!

CAPÍTULO IV

Fred, en un instante, se puso al lado de Joe. Tal como había dicho Juan Manuel, en el patio se encontraban seis hombres, cuatro de los cuales estaban sentados alrededor de una damajuana que indudablemente debía contener tequila. Los otros dos se hallaban cerca de los carros con los rifles en la mano; pero, lo mismo que sus compañeros, se habían quedado inmóviles como estatuas, mirando perplejos a los americanos.

—¡Rápido, Juan Manuel, desármalos! —ordenó Joe.

El espía cumplió su cometido a la perfección en un breve lapso de tiempo.

Joe ordenó a los seis prisioneros que se colocasen cara a la pared con los brazos en alto.

—¿Qué es lo que va a hacer con nosotros, patrón? —preguntó un guardián de piernas arqueadas en paréntesis.

—Si os portáis bien, lo contaréis a vuestros nietos —repuso Joe —. Sólo me interesan los carros. ¡Átalos, Juan Manuel, y amordázalos con sus propios pañuelos!

Ahora tuvieron que esperar como cosa de veinte minutos hasta que Juan Manuel hubo terminado la nueva misión.

Los componentes del cuerpo de guardia quedaron en el suelo, las manos atadas a la espalda y las bocas obstruidas.

—Está bien —dijo Joe al hombre que les había proporcionado la libertad—. Ahora, en primer lugar, engancharemos los caballos y después rodearemos con sacos las ruedas de los carros para evitar en lo posible que hagan ruido. ¡Manos a la obra!

Invirtieron otros quince minutos en tenerlo todo preparado, y cuando hubieron concluido, se reunieron de nuevo.

—Juan Manuel abrirá la marcha —dijo Bronson—. Luego irá

Fred, y por último, yo. Cada uno en un pescante. ¡Voy a abrir la puerta!

Fred y Juan Manuel corrieron a los carros y ocuparon el lugar del conductor.

Joe esperó unos segundos, y finalmente quitó la barra de hierro que cruzaba las dos hojas de la puerta. Luego empujó ésta suavemente y quedó abierta.

Fuera, en la noche, todo era silencioso.

Joe levantó la mano y el coche conducido por Juan Manuel se adelantó con un débil traqueteo. Detrás de él, Kenner se puso en movimiento.

Joe corrió rápidamente al último carro y subió al pescante. Movió las bridas y los animales tiraron del vehículo.

Cuando ganaba la puerta, se dio cuenta de que a pesar de sus precauciones forzosamente su marcha debía ser descubierta pronto. Los carros chirriaban más de lo conveniente.

Calculó que Juan Manuel debía haber tomado ya la carretera que salía de Rosita y distinguió a unas veinte yardas la masa oscura del carro conducido por Fred. De pronto, unos pasos corrieron por la entrada principal de la casa de Lupe García, y un hombre apareció por una esquina.

—¡Eh! ¡Alto! ¿Quién va? —preguntó.

Joe no contestó.

—¡Santo y seña! —pidió el centinela.

Joe continuó la marcha.

—¡Santo y seña o disparo!

Bronson no tuvo más remedio que sacar el revólver y hacer fuego sobre la figura que había junto a la pared.

El centinela lanzó un aullido y dejó caer el arma, un rifle. Joe le había herido en un brazo.

—¡Arre, caballos! —exclamó, y los animales emprendieron una furiosa galopada.

En un instante, Rosita sería un hervidero y pronto saldrían en su persecución. Todo consistía ahora en lograr una ventaja apreciable, ya que la gente de Lupe García necesitaría unos cuantos minutos para rehacerse.

El aire fresco de la noche le azotó el rostro.

La carretera trazaba curvas contra la montaña y de vez en

cuando volvía a ver al carro de delante lanzado en una exhalante carrera.

De pronto, tuvo que tirar rápidamente de los caballos para no precipitarse sobre el carro detenido de Fred Kenner. Juan Manuel llegó corriendo por el borde de la carretera.

—¿Es que te has vuelto loco? —gritó Joe—. ¿Por qué te has detenido?

—Conozco un buen camino para despistarlos, señor Bronson. Se me ha ocurrido y he tenido que detenerme para que no siguieran ustedes por la carretera.

—¿No será peligroso?

—No, señor. Confíe en mí.

—De acuerdo, adelante y deprisa.

Poco después reanudaron la fulgurante marcha siguiendo la ladera de una montaña.

En un instante, los sacos con que habían rodeado las ruedas quedaron destrozados, y el aire se llenó de agudos chirridos.

Dieron la vuelta a la colina y descendieron por una suave pendiente, siguiendo ahora por la orilla arenosa de un arroyo seco.

Al parecer, la estratagema de Juan Manuel había surtido efecto. Fueron transcurriendo los minutos, y al cabo de una hora de haber salido de Rosita, no se apercibía la menor señal de que fueran perseguidos.

Juan Manuel demostró ser un perfecto conocedor de aquella región montañosa. Las tinieblas fueron cediendo paso a la luz. Entonces, Joe adelantó su carro aprovechando que el camino se ensanchaba, y después de pasar a Fred, puso aquél a la misma altura del que conducía el mexicano. Hizo una seña para que se detuviese y cuando lo logró, le dijo:

—En Rosita nos dijeron que Luis Rodríguez se encontraba en Nadadores, treinta millas al sur. Debemos haber dado un gran rodeo.

—Desde luego, señor. Pero ¿no cree que haya valido la pena?

—Sí —convino Joe—, pero mi amigo y yo llevamos varias noches sin pegar un ojo y nuestras fuerzas están al límite. A ambos nos conviene llegar a nuestro destino cuanto antes.

—De acuerdo, señor. —Juan Manuel señaló un grupo de árboles —. Una vez traspasemos aquel bosquecillo, doblaremos hacia la

izquierda e iremos derechitos a casa. Desde allí se ve el río. El pueblo está un poco más arriba. Sólo será cuestión de una media hora.

Joe se sintió confortado por aquella noticia.

Juan Manuel fustigó su tiro y los caballos reemprendieron la marcha.

Efectivamente, tal como había dicho Juan Manuel, un caudaloso torrente corría por una llanura. A cosa de cinco millas se divisaba un grupo de casitas blancas, y entre ellas destacaba el campanario de una iglesia.

Las montañas quedaron atrás, y Joe volvió la cabeza para despedirse de ellas. La escena que se ofreció ante sus ojos lo dejó sobrecogido.

Por un pequeño valle hicieron su aparición un numeroso grupo de jinetes, y al instante Joe reconoció entre ellos a Lupe García.

—¡Ahí los tenemos! —advirtió con voz fuerte.

Fred y Juan Manuel dirigieron también sus ojos a sus espaldas.

—¡Canastos! —exclamó Fred—. ¡Y nosotros creíamos haberles burlado!

—Sabían que vendríamos aquí —dijo Juan Manuel—. Si corremos un poco, se quedarán con las ganas de atraparnos.

En aquel instante retumbó el estampido de un rifle, y una bala pasó silbando por encima del carro que conducía Joe.

—¿Qué estamos esperando? —gritó fuerte—. ¡Adelante!

El terreno les permitía avanzar de tres en fondo, y los vehículos se pusieron al propio tiempo en movimiento, lanzándose a una terrible carrera.

Los estampidos y los silbidos de los proyectiles menudearon.

El sol se elevaba por entre las colinas y arrancaba destellos de plata de la superficie del río que los carros intentaban ganar.

A los oídos de los fugitivos llegó el griterío ensordecedor de los hombres de Lupe García.

Joe, de pie en el pescante, fustigaba una y otra vez a los caballos sacando de ellos el mayor rendimiento. Los carros parecían ir a desencuadernarse de un momento a otro, pero siguieron avanzando enteros entre mil chirridos.

No obstante, la distancia que separaba a ambos bandos iba acortándose minuto a minuto.

Joe, con los músculos faciales atirantados, miró hacia el río.

Una vez llegasen allá tendrían que vadearlo, y entonces Lupe García y sus hombres los tendrían a su merced. No habría remedio para tal situación, ya que antes de que pudiesen alcanzar la otra orilla serían acribillados a balazos.

—¡Eh, Joe! —Oyó que le gritaba Fred—. ¡No podemos avanzar más!

—¡Tampoco conseguiremos nada si nos detenemos! —contestó Bronson.

Ahora las armas eran disparadas con más precisión. Los proyectiles se incrustaban en la madera de los carros.

De pronto se oyó un estruendo y Joe miró hacia la izquierda por donde avanzaba Juan Manuel. Vio al carro trazar una curva en el aire y se dio cuenta de que había encontrado en el camino una piedra enorme que el mexicano no había podido sortear. El vehículo dio un terrible tirón de los caballos y los dos más cercanos patearon en el aire relinchando dolorosamente. Juan Manuel se contorsionó en el pescante perdiendo el equilibrio. El vehículo, después de dar media vuelta, chocó contra el suelo pillando a Juan Manuel debajo. Joe hizo una mueca, dándose cuenta de cómo habría quedado el mexicano después de sufrir el monstruoso embate. Una de las ruedas golpeó ligeramente el vientre de uno de los animales y lo despanzurró, sacándole los intestinos. Todo aquel amasijo de metal, madera y carne sanguinolenta siguió dando vueltas como si fuese una masa.

Informe. Dos caballos quedaron libres y siguieron corriendo solos. Cajones de fusiles reventaron al golpe contra la tierra y las armas se desparramaron por la llanura.

Joe ya no pudo mirar más porque su galera traspuso el escenario del desastre.

Los gritos de sus perseguidores se hicieron más fuertes. Solamente les separaban unas cincuenta yardas de la orilla del río.

Joe sacó el revólver y Fred le imitó. Se volvieron y dispararon una y otra vez hasta vaciar sus cilindros. No podían hacer puntería, pero dos de sus balas hicieron blanco y otros tantos hombres se desprendieron de sus sillas como si hubiesen sido golpeados súbitamente por una mano invisible y rebotaron como pelotas sobre la tierra hasta quedar exánimes.

Joe se dijo que aquello era lo último que podían hacer por sus vidas. No había más. El final estaba muy cercano.

De pronto, un vocerío ensordecedor rasgó el aire. Joe frunció el ceño. Juraría que aquellas voces no habían sido lanzadas por los hombres de Lupe García. Le fue fácil comprobar que estaba en lo cierto. Sólo tuvo que mirar hacia los altos cañaverales que crecían en los márgenes del río. De ellos empezaron a surgir jinetes que con las armas desenfundadas empezaron a disparar sobre las huestes de Lupe. En un instante, se produjo el milagro. Los que corrían tras los carros se detuvieron y volvieron grupas, emprendiendo la huida.

Joe tiró de las bridas y lo mismo hizo Fred. Ambos saltaron a tierra al tiempo que cincuenta hombres pasaban por un lado en pos de Lupe García.

Los dos amigos resoplaron, con la respiración jadeante.

—Nos libramos de buena —dijo Fred.

—Sí, creo que sí. Pero al fin tenemos las armas, que es lo importante.

Dos mexicanos vinieron hacia ellos e inclinaron la cabeza.

—¿El señor Bronson? —preguntó uno de ellos, de cara ancha, ojos mongólicos y nariz tan chata que sólo se veían los agujeros.

—Yo soy el señor Bronson —contestó Joe—. Y éste es mi amigo Fred Kenner.

—Mi nombre el Manuel Pedro Álvaro de Calle y Espinosa Bravo de la Reguera.

—¡Demonios! —contestó Joe—. Usted sólo es un ejército.

Fred soltó una carcajada.

El mexicano le dirigió una fulminante mirada.

—El señor Rodríguez les está esperando.

—De acuerdo. Ahora mismo vamos. Pero, dígame: ¿cómo lograron llegar tan a punto?

—Ustedes tenían que haber estado aquí anoche, y en vista de que no fue así, el señor Rodríguez pensó que les había ocurrido algo malo.

—Muy bien pensado.

—Esperamos un poco más, y esta mañana nos dio orden de que hiciésemos una batida. Pensábamos llegar hasta Rosita. Después de traspasar el río, vimos avanzar sus carros y a los otros detrás, y decidimos esperar a que estuviesen cerca.

—Ha sido una buena treta —dijo Joe—; y ahora, amigo Manuel Pedro Álvaro de Calle y todo lo demás, ¿qué le parece si nos deja sus caballos? Sabremos arreglarnos para encontrar la casa del señor Rodríguez y ustedes tienen trabajo aquí. Es necesario que recojan todos esos fusiles y luego han de llevar los carros al pueblo.

A Manuel Pedro no le gustó la sugerencia del americano, pero tras vacilar unos instantes optó por descender de la silla.

—Ya lo has oído, Roberto —gritó a su compañero—. Deja tu animal a los señores.

Roberto obedeció, y Joe y Fred ocuparon los puestos que les cedían. Seguidamente, se dirigieron al río para vadearlo.

Con el agua por los tobillos, Fred murmuró:

—Estoy pensando en la chica.

—¿Qué ocurre con ella?

—Pueden matarla, ¿no te parece?

Joe se había sentido inquieto mucho antes de que Fred plantease aquella cuestión, pero había preferido callar, y ahora que su amigo tocaba el tema un ramalazo frío le recorrió la espina dorsal.

—No le ocurrirá nada —contestó.

—¿Por qué crees eso?

—Ella ha probado que sabe unos cuantos trucos para desembarazarse de sus enemigos. Y además… ¿qué infiernos nos importa a nosotros?

Fred clavó sus ojos en los de Joe, y tras permanecer en silencio unos segundos, dijo:

—Tienes razón. Después de todo, ¿qué nos importa a nosotros lo que le pueda ocurrir a ella?

Pero se dio cuenta de que Joe Bronson, el hombre al que conocía bien, no quedaba conforme con su respuesta.

CAPÍTULO V

Se informaron del lugar en que se ubicaba el cuartel general de Luis Rodríguez, y minutos después de haber vadeado el río se encontraron ante una plaza salpicada de guijarros. Al fondo había un portón, y ante él un mexicano que hacía guardia con el fusil al hombro.

Joe y Fred detuvieron las cabalgaduras frente al centinela y éste descolgó rápidamente el arma y les apuntó.

—¿Qué quieren?

—Tu patrón nos espera, amigo —dijo Joe.

El mexicano lanzó un grito y poco después apareció otro tipo que se cubría con una casaca sucia de un color rojo apagado, cuyas charreteras, en otro tiempo de oro, estaban ennegrecidas.

—Ustedes son los americanos —dijo, mirando a los recién llegados—. Pasen, el señor Rodríguez tendrá mucho gusto en recibirles.

Joe y Fred fueron tras el flamante guerrillero llevando las bridas de sus caballos.

Entraron en un jardín donde crecía una lujuriante vegetación. Ante una escalinata que conducía a un porche, el de la casaca dio una orden y dos mexicanos se hicieron cargo inmediatamente de los caballos de Joe y Fred.

Subieron por la escalera, siempre en seguimiento de su guía, y éste, después de trasponer un vestíbulo, llamó suavemente a una puerta.

—¡Está bien, adelante! —gritó una voz.

Los dos amigos pasaron a una habitación en donde había un hombre de pie, en medio de ella. Frisaba los cuarenta años de edad y era de estatura regular, robusto, de cabeza redonda, cabello

crespo, ojos castaños muy brillantes y mentón que parecía haber sido aplastado de un martillazo. También se cubría con una casaca, pero ésta era de un color azul nítido y sus charreteras daban la impresión de haber sido recientemente puestas. El ancho de la boca se distendía mostrando unos dientes desiguales.

—¿Quién de ustedes es el señor Bronson?

Joe se adelantó.

—Yo soy. Y éste es mi amigo Fred Kenner.

—No sabe cuánto me alegra verles.

Rodríguez estrechó la mano de los americanos.

—No puede alegrarse tanto como nosotros —dijo Joe—. Estuvimos a punto de que nos agujereasen el pellejo en la aventura.

—No comprendo cómo ha podido ocurrir. Ustedes tenían que haber estado aquí anoche. ¿Qué pasó con mi emisario?

—La señorita García lo suplantó.

El rostro de Rodríguez se tensó, y en sus mejillas aparecieron manchas rojas.

—¡Otra vez esa mujer! Debí suponérmelo.

—Por fortuna para todos, usted tenía en el pueblo de la señorita García a uno de sus muchachos, Juan Manuel Ocampo.

—Es un buen soldado.

—Lo era, señor Rodríguez.

—¿Cómo?

—Cuando llegábamos al río, el carro que él conducía encontró una roca en su camino. Juan Manuel no sufrió mucho. Debió morir instantáneamente.

Hubo un silencio en la estancia que interrumpió Rodríguez.

—Le haré un buen entierro, ¿sabe?, y hasta pronunciaré un discurso. Juan Manuel será considerado como un héroe. Ese funeral servirá para probar sus armas, señor Bronson. Mis hombres dispararán unas cuantas salvas en honor del caído.

Rodríguez giró y se dirigió hacia una mesa sobre la que había una bandeja con una botella y algunos vasos. Escanció en ellos e invitó con la mano a sus visitantes.

Bebieron un trago, y Rodríguez inquirió después de limpiarse la boca con el dorso de la mano:

—¿Rescató todas las armas, Bronson?

—Desde luego.

—Es usted un hombre en el que se puede confiar. Se jugó la vida por cumplir su palabra.

—No ha sido por cumplir mi palabra, señor Rodríguez —le corrigió Joe—. No podía despreciar sus veinticinco mil dólares.

Rodríguez se le quedó mirando fijamente y de pronto se echó a reír.

—Eso está bueno, señor Bronson. Siempre he preferido hablar con personas que le dan un valor al dinero.

—Por si le interesa, le diré de paso que la señorita García mejoró su oferta.

—¿Es posible?

—Me prometió treinta mil dólares por los rifles.

—¡Eso sí que no lo comprendo! Y si a usted sólo le interesa el dinero, ¿por qué no realizó la venta?

—Por una simple razón. Yo tenía que esperar la llegada de esos treinta mil dólares.

Rodríguez soltó otra carcajada.

—Y a usted, señor Bronson, sólo le interesa el dinero contante y sonante.

—Ha dado en el clavo, amigo. Mi negocio no me permite conceder crédito a nadie.

—¿Ni siquiera a mí?

—Usted es como cualquier cliente.

—¿Sabe una cosa, señor Bronson?

—No se quede con las ganas de soltarla.

—Jamás he soportado que un hombre me hablase en el tono que usted lo hace.

—Usted me ha desatado la lengua, amigo. ¿Para qué dar más rodeos al asunto? Un hombre enviado por usted se entrevistó conmigo en San Antonio y me dijo que usted necesitaba rifles. Establecimos un precio. Yo le he traído las armas y usted ahora debe pagar.

Rodríguez se quedó un rato mirando a Bronson y luego apuró el contenido de su vaso. Mientras dejaba este sobre la mesa, dijo:

—Es usted un tipo interesante.

—Usted también lo es. Así estamos a la par.

Rodríguez enseñó otra vez sus mal alineados dientes, dio la vuelta a la mesa y abrió un cajón, del cual sacó un pequeño cofre.

Metió una llave en la cerradura y la abrió, extrayendo un gran fajo de billetes. Contó un pequeño montón de éstos y los tiró sobre la mesa hacia el lado donde se encontraba Joe.

—Ahí tiene, señor Bronson. Treinta mil dólares.

—Sólo está obligado a pagar veinticinco.

—Pero la señorita García le daba cinco mil más que yo. Considérelos como una prima por las molestias que este viaje le haya podido causar.

Joe se acercó a la mesa, cogió el dinero y comprobó que estaba emitido por la Tesorería de Estados Unidos. Luego miró a su amigo Fred y le guiñó un ojo, guardando los billetes en el bolsillo superior de su camisa.

—Ordenaré a uno de los criados que les prepare una habitación —dijo Rodríguez.

Joe levantó la mirada.

—No es necesario que se moleste, amigo. Nos vamos ahora mismo.

—¿Tan pronto?

—Nuestro negocio ha terminado.

—Pero ustedes deben quedarse al menos un día para reponer fuerzas.

—Ya descansaremos cuando nos encontremos en nuestro país.

Rodríguez se mantuvo un rato vacilante y por fin repuso:

—Pensaba hacerles una proposición, caballeros.

—¿Una proposición? —repitió Joe.

—Sus armas son nuevas y las que utilizan mis hombres son de veinte o treinta años atrás. Ellos tardarán por sí solos mucho tiempo en ponerse al corriente del mecanismo de esos rifles, y había pensado que ustedes fuesen sus instructores.

Hubo un silencio en la habitación.

—No nos interesa —dijo Joe sacudiendo la cabeza.

—Aún no han escuchado mi oferta completa. Seiscientos dólares al mes por enseñar a tirar a mis hombres. Con un par de meses tendrán bastante.

—Es un buen sueldo, pero sigue sin interesarnos.

Rodríguez arrugó el ceño.

—¿Doscientos dólares más por mes les haría cambiar de idea?

—No se trata ahora de dinero, señor Rodríguez —contestó Joe

—. Nos hemos dado cuenta de que ustedes tienen armada una buena por aquí. Lupe García, usted, guerra civil… No, no nos gusta el panorama. Nosotros también hemos tenido recientemente nuestra guerra y ya escapamos de ella milagrosamente. Ahora preferimos los asuntos privados.

Rodríguez cerró el cofre, lo volvió a meter en el cajón, empujó éste con la rodilla.

—Es una pena que rechacen mi oferta —declaró, mirando a Joe —. Si aceptasen instruir a mis hombres, luego también habría sitio para ustedes.

—¿A quién instruiremos entonces? ¿A las mujeres?

—No, señor Bronson. En mi ejército no hay una sola mujer, pero ustedes hubiesen jugado un papel importante en él cuando yo diese la señal para avanzar sobre Chihuahua.

Joe sintió de nuevo aquel escalofrío por la espalda. Así pues, Lupe García tenía razón.

—¿Para qué quiere ir allí? —preguntó.

—Es mi inmediato objetivo. En Chihuahua existen lo menos doce pandillas de desharrapados que operan por su cuenta. Yo los derrotaré uno a uno y colgaré a sus jefes. Haré un buen escarmiento y tendré al pueblo conmigo. Mis tropas serán tan numerosas que hasta necesitaré de una verdadera intendencia.

—¿Y luego?

Rodríguez se mojó el labio inferior con la lengua, dejando transcurrir unos segundos. De pronto, sacó un cuchillo que colgaba de su cinturón y lo arrojó por el espacio libre que había entre Fred y Joe.

La hoja de acero se hundió unas pulgadas en la pared de enfrente, al tiempo que Rodríguez decía:

—Ésa será mi meta, caballeros.

Joe y Fred volvieron la cabeza, observando que el cuchillo se había clavado sobre un mapa. Precisamente en el punto donde en letras pequeñas decía: México.

Joe observó al hombre del que había recibido los treinta mil dólares.

—Es un bonito plan —comentó.

—Le gusta, ¿verdad?

—No es para nosotros. Nos gusta la vida un poco más reposada.

Hasta la vista, señor Rodríguez.

Joe se tocó el ala del sombrero e hizo una señal a Fred. Poco después, ambos salían de la habitación.

Bajaron por la escalera que conducía al patio, y preguntaron a un mexicano por sus caballos. Tardaron unos minutos en traérselos, subieron a las sillas y partieron.

Un poco más allá de la plaza toparon con los dos carros que estaban repletos de fusiles. El primer conductor se puso de pie en el pescante.

—¡Eh, gringos! ¡Se llevan nuestros caballos!

Joe sacó un billete del bolsillo, lo hizo una bola y lo arrojó al mexicano. Éste lo cogió al aire y después de desarrugarlo abrió unos ojos como platos.

—¡Son suyos los caballos, amigo! —exclamó—. Les puedo vender otros dos por el mismo precio.

Joe sonrió, pero no dijo nada y espoleó su cabalgadura. Fred lo siguió, y al cabo de un rato, cuando ya estaban cerca del río, dijo:

—Me remuerde un poco la conciencia, Joe.

—¿Respecto a qué?

—La muchacha nos dijo la verdad. Ese tipo es un loco. Los rifles le servirán para convertir en realidad su sueño.

—Está bien, Fred. Rodríguez se lanzará sobre Chihuahua y llegará hasta México. ¿Qué más da? Nosotros no tendremos siquiera noticias de ello porque estaremos muy lejos para entonces. Con este dinero compraremos el rancho y nos dedicaremos a la cría de reses. Tú y yo estaremos demasiado ocupados por verlas engordar día a día.

—Quisiera ser tan frío como tú, Joe.

Bronson emitió un gruñido y cambió seguidamente de tema.

—Ahora debemos procurar llegar a El Paso cuanto antes. Allí esperaremos a los muchachos. Dicen que hay unas mujeres estupendas, y que el *whisky* es bueno.

—Nunca serán como las mexicanas —opinó Fred.

Joe miró a su amigo cuando estaban llegando a la margen del río y movió la cabeza de un lado a otro en sentido negativo, aunque en su mente apareció por unos segundos la imagen de Lupe García.

CAPÍTULO VI

Hacía una noche calurosa y en el firmamento titilaban millares de estrellas; Joe y Fred, sentados al lado de una fogata, fumaban un cigarrillo después de haber dado cuenta de una ración de tocino asado y una pequeña dosis de café.

—Oye, Joe. Estaba pensando…

—¿En qué?

—En Lloyd y los demás.

—Ya les advertí que si en el transcurso de esta aventura nos teníamos que separar, todos debíamos acudir a El Paso. Es allí donde nos dirigimos ahora.

—Lo sé —asintió Fred con tono preocupado—. Pero quizá a ellos no les resulte tan fácil salir de aquel pueblo. La señorita García debe estar furiosa por la mala jugada que le hemos hecho, o puede también que sus mexicanos hayan querido tomar represabas después de nuestra huida.

—No lo creo. Ahora estoy convencido de que Lupe tenía razón y de que ese Rodríguez es un tipo vivo.

—Fue una lástima entonces que la chica no se quedase con las armas —repitió Fred.

—El que yo piense que ella estaba en lo cierto no quiere decir que estuviese dispuesto a regalarle los rifles. Esto es un negocio, Fred. Armas por dinero. No hubiese tenido inconveniente en dárselas a ella, pero ya lo viste, no tenía un solo centavo. En estos tiempos hay que prescindir de todo sentimentalismo.

Sobrevino una larga pausa.

—¿Crees que la chica se libraría de la persecución?

—Estoy seguro de ello. Escapar de aquellos moscones le habrá sido cosa fácil.

—Dios te oiga. La muchacha me fue simpática. ¿Y a ti, Joe?

Bronson miró a su amigo durante unos instantes en silencio. De pronto, dijo:

—¿Quieres callar la boca de una vez y echarte a dormir? Yo haré la primera guardia. Sólo descansaremos un par de horas. Tenemos que proseguir nuestro camino a medianoche.

—Está bien, pero prefiero que duermas tú primero. Yo no tengo sueño.

Joe tiró la colilla del cigarro al aire.

—De acuerdo, muchacho. No te lo voy a quitar de la cabeza.

Tendió su manta a unas dos yardas de la fogata y se echó sobre ella. Estaba muy cansado, y pocos minutos después dormía a pierna suelta.

No supo cuánto tiempo había transcurrido. De repente, le despertó un estampido. Se enderezó sacando el revólver, al tiempo de ver cómo tres hombres luchaban con Kenner.

—¡Al suelo, Fred! —gritó.

Kenner no necesitó seguir el consejo de su amigo, porque en aquel instante un puño le golpeó la mandíbula lanzándolo contra el suelo.

Joe apretó el gatillo dos veces y vio cómo dos mexicanos se estremecían al sentir en su carne el impacto de los proyectiles, pero no pudo abatir al tercero porque en ese instante algo duro le golpeó en la cabeza Súbitamente se hizo la oscuridad ante sus ojos y sintió que sus piernas se negaban a sostenerlo. Entonces se derrumbó, sumergiéndose en el vacío.

Pasó una eternidad.

Su cerebro envió ondas lacerantes de dolor por todo su cuerpo hasta las puntas de los pies.

Sintió vértigo, náuseas, y luego algo húmedo corrió por su frente metiéndosele por los ojos.

Abrió los párpados, apoyó las palmas de las manos en la tierra y trató de enderezarse.

Poco a poco pudo ver algo. Tres cuerpos frente a él, tendidos en tierra, inmóviles, y uno de ellos era el de Fred.

Se puso en pie y trastabilló, estando a punto de caer de nuevo, pero consiguió mantener la vertical. Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó con él el rostro. Le habían golpeado junto a la sien

derecha y de la herida había manado mucha sangre.

Se acercó a su amigo con el corazón saltándole en el pecho.

Fred estaba boca abajo y le dio la vuelta. Su pecho también estaba teñido de rojo. Le puso rápidamente la mano en el costado izquierdo y dio un suspiro de alivio al darse cuenta de que vivía. Entonces le desabrochó la camisa y se dio cuenta de que le habían asestado un navajazo a la altura del hombro, pero la hoja del cuchillo no había profundizado mucho. Lo que había ocurrido era que a la pérdida de sangre, Fred había unido su enorme cansancio.

Le sostuvo la cabeza con los brazos y luego le palmeó las mejillas una y otra vez.

Fred soltó un gruñido.

—Vamos, viejo, despierta —le dijo Joe.

Kenner abrió los ojos y parpadeó, observando a su amigo.

—¿Qué ha pasado, Joe?

—Una pandilla de canallas nos asaltó.

—¡El dinero!

Joe apoyó la cabeza de su compañero sobre el pecho y se palpó el bolsillo donde guardaba la cartera cerciorándose de que ahora estaba vacía.

—Sí. Se lo han llevado. ¡Malditos sean!

—¡Canastos! ¿Qué vamos a hacer ahora, Joe?

—Primero, curarnos, luego ya pensaremos una cosa u otra.

Joe lavó la herida de Fred con el agua de la cantimplora y luego le colocó un vendaje. Respecto a su herida en la cabeza, prefirió dejarla al aire para que cicatrizase más pronto.

Inmediatamente después registró los dos cadáveres de los mexicanos, pero no encontró encima de ellos ningún papel. Luego, acudió al lado de su amigo.

—Ya sé dónde vamos a ir —declaró.

—¿Dónde, Joe?

—Regresaremos a Nadadores.

—¿Otra vez con Rodríguez?

—Sí, Fred. Tengo la corazonada de que él sabe mucho acerca de este asalto.

—¿Quieres decir que él ha sido quien ha mandado a estos bandidos contra nosotros?

—Eso no admite duda. Ya te dije antes que era un tipo vivo,

pero desconocía que lo fuese hasta este punto. Nos compra las armas y luego nos limpia el dinero con que nos las pagó. ¡El muy cerdo!

—Si es como tú dices, me gustaría aplastarle el cuello con el pie.

—Tendrás que esperar a que primero salga de mis manos. ¿Puedes cabalgar?

—Desde luego que sí.

—Entonces marchemos cuanto antes. Si nos damos un poco deprisa podemos llegar a primera hora de la mañana.

Poco más tarde, los dos amigos cabalgaban en sentido contrario a la dirección que habían llevado hasta entonces.

Durante el resto del viaje apenas intercambiaron palabra alguna, y eran las diez de la mañana cuando cruzaban el río Nadadores y entraban de nuevo en la ciudad.

El centinela que había a la puerta de la casa de Rodríguez no les conminó esta vez a que se detuvieran, y descendieron ante la escalinata.

Un criado los introdujo en el despacho de Rodríguez diciéndoles que su patrón no tardaría en bajar.

Sólo tuvieron que esperar unos minutos. La puerta que comunicaba con el vestíbulo se abrió de golpe, y Rodríguez irrumpió en la estancia con una sonrisa estereotipada en los labios.

—¡Ésta sí que es una agradable sorpresa! —exclamó, avanzando hacia los dos americanos—. Otra vez mis amigos. Apuesto a que han estimado mi proposición y vienen a quedarse.

—Ése no es el motivo —dijo Joe, e iba a agregar «y usted lo sabe», pero prefirió callar.

—¡Oh, me sorprende usted, señor Bronson!

—¿De veras? ¿No adivina lo que nos ha podido pasar?

—Les aseguro que no tengo la menor idea. ¿Se trata de algo grave?

—Para nosotros lo es, Rodríguez. Una pandilla de bandoleros nos asaltó la última noche. Paltó poco para que perdiésemos la vida, pero afortunadamente nos acompañó la suerte.

—Cuánto me alegro, amigos míos. Palabra que hubiese sentido mucho su defunción.

—Lo único que perdimos fueron los treinta mil dólares que usted nos largó como precio de las armas.

Rodríguez se quedó con los labios entreabiertos mientras agrandaba los ojos.

—¿Es posible, amigos míos? ¿Que les han robado los treinta mil dólares?

Joe estudió el moreno rostro de su interlocutor. Estaba dando un curso de buena interpretación escénica, pero no le valdría de nada.

—Escuche, Rodríguez, cumplimos con nuestra parte. Nos arriesgamos demasiado viniendo aquí a traerle los rifles. Yo invertí en esa operación todo mi capital y si no recupero esos treinta de los grandes, estoy en la más completa ruina.

—¡Oh! —dijo Luis.

—¿Se da cuenta? He de hacerme con ese dinero cueste lo que cueste.

—Soy de la misma opinión que usted, amigo Bronson. Usted tiene derecho a su plata. Se la tiene bien ganada. No podemos permitir que nadie se coma el producto de su trabajo.

—Muy bien. Celebro que acepte mi punto de vista. ¿Dónde está?

Rodríguez frunció el ceño.

—¿La plata?

—Sí, Rodríguez. Le he preguntado que dónde está.

—No le comprendo, amigo mío. Usted ha dicho que los asaltaron unos forajidos.

Joe dijo pacientemente:

—Hay algo que no encaja, Rodríguez. Usted habla de unos forajidos. ¿Cómo es posible que en su jurisdicción pueda admitir la existencia de tales individuos?

—¡Oh! Siempre hay pandillas de ellos que escapan a todo control. Apuesto a que el que ha hecho el negocio de ustedes ha sido Pancho Vargas, un maldito tipo al que tengo ganas de ponerle la soga alrededor del cuello.

Joe soltó una imprecación para sus adentros. Rodríguez enfocaba la cuestión muy hábilmente. ¿Cómo podía probar él, Joe, que le estaba mintiendo?

—¿Sabe lo que le digo, señor Bronson? —Estaba diciendo ahora el mexicano—. En cuanto regresen los hombres que se fueron tras de Lupe García, ordenaré que realicen una buena batida. Daremos caza a Pancho Vargas y ya verán como ustedes recuperan sus billetes. Entretanto, ustedes serán mis huéspedes. ¿Lo están

comprobando? Yo les dije que debían quedarse y ustedes no me hicieron caso —soltó una carcajada—. Luis Rodríguez siempre tiene razón.

Joe sacudió la cabeza.

—De acuerdo, Rodríguez; nos vamos a quedar, pero sólo será el tiempo justo.

Luis siguió sonriendo mientras pegaba una palmada.

Un criado entró por la puerta y Rodríguez dio instrucciones para que acompañase a los americanos a una habitación del piso de arriba.

Poco después los dos amigos se encontraban a solas en un dormitorio provisto de dos camas. Se dejaron caer en ellas vestidos, sin siquiera quitarse las botas.

Durante un rato permanecieron en silencio, con la mirada fija en el techo.

—Parecía que decía la verdad, ¿no crees, Joe? —dijo Fred.

—Me dejaría cortar la mano izquierda a que ese tipo es tan falso como Judas. Él es el único que tiene los billetes, y te aseguro que se los voy a hacer escupir uno a uno aunque tenga que retorcerle el pescuezo.

—No te va a ser muy fácil. Tengo la impresión de que ese Rodríguez es un hueso duro de roer.

—No niego que lo sea, pero ya ha acabado de hacer trucos con nosotros. Ahora será él quien tenga que soportar los nuestros. Su intención ha sido clara. ¿Es que no lo recuerdas? Nos ofreció un puesto a su lado para instruir a sus muchachos en el manejo de las armas, igual que esa Lupe García. Nosotros rechazamos la oferta y nos largamos. Entonces se le ocurrió una brillante idea. Quitarnos la plata para obligarnos a venir. Quizá deje transcurrir unos días para disimular, pero tarde o temprano nos volverá a recordar su propuesta, y él pensará que lógicamente nosotros no estaremos en situación de repetir nuestra negativa.

—No está mal pensado eso.

—Sí, no está mal pensado. Pero lo que él no sabe es que está a punto de acabar su racha de suerte.

Permanecieron un rato mudos, y de pronto dijo Joe:

—Oye, Fred…

Pero sólo le contestó un ronquido, y en vista de ello, él también

se durmió.

CAPÍTULO VII

Joe despertó sobresaltado al oír una descarga cerrada.

—¿Qué pasa, Fred? —preguntó, sentándose en la cama.

Fred, en la misma posición que él sobre el otro lecho, soltó una maldición.

—Creí que era un sueño, Joe; pero tú también lo has oído.

Joe saltó de la cama y se dirigió hacia la ventana. Sus ojos avizoraron tras los cristales y pronto descubrió la causa del alboroto.

En el patio de la casa se estaban celebrando las honras fúnebres de Juan Manuel Ocampo. Una compañía de mexicanos acababa de poner a prueba los nuevos rifles.

Luis Rodríguez, con su flamante casaca, estaba en lo alto de una improvisada tribuna dirigiendo la palabra al pueblo que se había reunido para escucharle.

Joe abrió la ventana para no perderse el discurso.

—Juan Manuel ha muerto por la causa —decía Rodríguez—; por un México libre e independiente. Ofreció su vida por un porvenir mejor, y cuando le llegó el último trance no pensó en sí mismo ni en su familia, sino en la patria. Todos nosotros debemos tomar ejemplo de él —hizo una pausa, y, en medio de un profundo silencio, hinchó los pulmones de aire y dijo mirando al catafalco—: Yo te prometo, Juan Manuel Ocampo, que tu sacrificio no será en vano, que esta semilla que tú ahora has sembrado germinará, y, finalmente dará su fruto.

Joe se volvió hacia Fred.

—¿Has visto en tu vida alguien más cínico que ese tipo?

—Desde luego que no. Y se me revuelve el estómago cada vez que pienso que hemos sido nosotros los que le hemos traído las

armas.

Joe se volvió hacia dentro de la habitación y empezó a pasear.

—Todavía se las podemos quitar —dijo—. ¿No recuerdas que no nos ha pagado? Nos entregó el dinero, naturalmente, pero luego nos lo robó. Es como si hubiese hecho el trabajo gratuitamente.

—En Rosita tuvimos una buena oportunidad para recuperar las armas; pero, ahora, ¿de qué modo lo vas a lograr?

Joe fue de un lado a otro de la habitación pensativo; finalmente se detuvo, frotándose el cogote.

—No doy con el medio.

—Claro que no. No existe ninguno. Si intentamos alguna cosa, estos tipos nos llenarán de agujeros.

Joe se ablucionó en el lavabo y se secó la cara en la toalla. Luego, mientras se peinaba, dijo:

—Ya verás como al final se me ocurre algo. Tenemos una ventaja sobre ellos. Rodríguez piensa que somos un par de estúpidos. Dejaremos que lo crea hasta que llegue nuestro momento.

—Si es que llega —sentenció Fred con voz lúgubre.

Minutos más tarde abandonaban la habitación. En el vestíbulo se encontraron con Rodríguez, que venía de presidir el entierro de Juan Manuel.

—Caramba, amigos —exclamó el mexicano—. Se han perdido ustedes algo bueno.

—Escuchamos la última parte de su discurso —dijo Joe.

—¿Y qué les pareció?

—No lo mejoraría el más elocuente de nuestros senadores.

Rodríguez lanzó una carcajada.

—Gracias, Bronson. Usted vale, y, ¿sabe por qué? Porque sabe hacer su baza con oportunidad. Yo creo que eso en un hombre es mucho más importante que cualquier otra virtud. ¿Pasamos a desayunar? No he tenido tiempo de hacerlo todavía y apuesto a que ustedes tampoco.

Joe y Fred encontraron la idea de su agrado y no pasó mucho tiempo sin que se encontrasen sentados ante una mesa repleta de viandas. Joe llegó a la conclusión de que más que desayuno, aquello era un suculento banquete. Pero él y su amigo habían pasado muchas calamidades en el viaje que habían emprendido desde

Texas y éste era el mejor momento para olvidarlas. Un criado llenaba las copas de vino apenas las tenían por la mitad, y Rodríguez desató pronto la lengua.

—La vida está llena de sorpresas —dijo, masticando un pedazo de pollo—. Ustedes se querían marchar y he aquí que la intervención de ese bandido, Pancho Vargas, les ha hecho regresar a mi lado. ¿No le dice eso nada, amigo?

Joe se limpió los labios con la servilleta y repuso:

—La única conclusión que yo saco es que cuando tenga delante el fulano que nos limpió los bolsillos le voy a hacer masticar las piedras.

—Eso está bien, Bronson, pero quizá la captura de Pancho Vargas nos lleve algún tiempo. Ese tipo sabe esconderse. ¿Qué le parece si entretanto se ganasen un buen sueldo instruyendo a mis muchachos? ¿Se da cuenta? Mi oferta sigue en pie.

De repente, se oyó fuera un tropel de caballos acompañado con un fuerte ruido de voces.

Rodríguez enarcó las cejas quedándose a la expectativa, y así transcurrieron varios segundos. De pronto, una puerta se abrió, y Lupe García irrumpió en la estancia violentamente empujada desde fuera.

La joven, con las manos atadas a la espalda, el vestido roto y el rostro manchado de barro, perdió el equilibrio y cayó en el suelo soltando una exclamación.

Joe y Fred se levantaron al mismo tiempo de las sillas.

Un robusto mexicano entró tras de Lupe, y con ojos enfebrecidos señaló a la muchacha, diciendo:

—Ahí la tiene, patrón.

Rodríguez se incorporó lentamente, mientras agrandaba un poco los ojos que mantenía fijos en Lupe García.

La joven había quedado tendida en una postura forzada, con el negro cabello sobre la cara; hizo un movimiento con la cabeza echándose aquél hacia atrás. Luego levantó la mirada examinando a los hombres que tenía delante. Primero vio a su enemigo, a Luis Rodríguez, quien dibujó en sus labios una mueca de sarcasmo.

—Al fin la palomita se dejó atrapar.

Los ojos de Lupe García despidieron chispas de fuego y los detuvo en el rostro de Joe Bronson.

—Dele las gracias a ese hombre —contestó.

—Es cierto —convino Luis—. Debo mucho al señor Bronson. Pero palabra que me alegra más el tenerla aquí que la posesión de esos centenares de rifles. —Rodríguez se dirigió al mexicano que había conducido hasta allí a Lupe—: ¿Cómo lo lograste, Fermín?

—Los perseguimos durante todo el día, y como suponía que tratarían de llegar a sus montañas, dividí las fuerzas en dos grupos. De esa forma les cortamos la retirada y no tuvieron más remedio que enfrentarse con nosotros en el Valle del Trueno. Se defendieron bien, pero al final no tuvieron más remedio que rendirse.

—Te has ganado cien dólares, Fermín.

—Gracias, patrón. Procuramos capturarla viva porque sabía que le gustaría tenerla.

Rodríguez miró a Lupe.

—¿Lo has oído? Hasta el último de mis hombres está al corriente de mis deseos. Siempre he tenido ganas de que usted y yo nos encontrásemos bajo el mismo techo.

—Será mejor que se ahorre el discurso —exclamó Lupe—. ¿Por qué no ordena a sus hombres que me fusilen de una vez?

Rodríguez la observó durante unos instantes y luego rompió a reír.

—Tiene ganas de terminar pronto, ¿verdad?

—Sí, prefiero que acabe conmigo cuanto antes, y le diré por qué. ¡Su presencia me da asco!

Súbitamente, la cara de Luis se endureció.

Fermín giró bruscamente, se acercó a una pared y descolgó un látigo que hizo restallar en el aire.

—Déjemela, patrón. Yo le enseñaré cómo debe comportarse cuando hable con usted.

Echó atrás el brazo para descargar el largo cordel le cuero sobre la joven, cuando de pronto sonó un estampido y soltó el látigo, al tiempo que lanzaba un grito de dolor.

Rodríguez volvió la cabeza y se quedó asombrado al ver que del revólver que esgrimía Joe Bronson ascendía una voluta de humo.

Fermín se cogía la mano izquierda con la derecha, viendo cómo la sangre goteaba sobre el piso.

—¿Qué ha hecho, Bronson? —rugió Rodríguez.

Joe le miró con ojos entrecerrados.

—No permito que se realicen ciertas cosas en mi presencia.

Fermín fue a desenfundar con la mano sana, pero Joe lo vio por el rabillo del ojo y le apuntó, diciendo:

—Toca solamente la culata y haré lo que no hice antes: ¡Matarte como a un perro!

Fermín se dio cuenta de que aquel hombre cumpliría su amenaza y se mantuvo inmóvil.

Alguien llamó precipitadamente en la puerta; una voz preguntó desde fuera:

—¿Ocurre algo, patrón?

Rodríguez hizo una mueca de contrariedad y contestó:

—No pasa nada, muchachos. Todo está en orden.

Se hizo un nuevo silencio. Lupe García estaba quieta mirando sorprendida a Joe Bronson.

Rodríguez inició una risita mientras preguntaba:

—¿Qué se propone, señor Bronson? ¿Acaso está de parte de ella?

Joe se apercibió que nada conseguiría si ponía de manifiesto sus verdaderos sentimientos.

—No estoy de parte de nadie —contestó—. Ya le he dicho que el único motivo de mi intervención se debe a que no me gusta la forma en que iba a ser tratada la señorita García.

—Muy bien, Bronson —asintió Rodríguez—. Si es como usted dice, guarde ese revólver.

Joe observó a la joven durante unos instantes, y per fin hizo girar el «Colt» en su dedo índice y lo volvió al cinturón.

Fermín movió de nuevo la mano, pero Rodríguez fue quien lo atajó ahora.

—Ya está bien, muchacho. Lárgate, no te necesito.

Fermín dirigió una aviesa mirada a Joe, pero finalmente dio media vuelta y salió de la habitación.

Lupe se puso en pie. Por unos momentos sus ojos se cruzaron con los de Joe, pero ella los apartó rápidamente.

—¿Ve usted lo que es la vida, palomita? —dijo Rodríguez—. El mismo hombre que la ha conducido al desastre es ahora quien ha evitado que usted quedase marcada para siempre. ¿No le da las gracias?

Lupe no dijo nada, y Luis rompió a reír de nuevo.

—Yo también debo dárselas a usted, señorita García. La

diligencia que empleó en buscar el dinero que necesitaba para pagar las armas a Bronson es digna de todo elogio. Tiene usted buenos amigos. Todos respondieron a su llamada.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Lupe.

—Intercepté a sus enviados, querida, ¿se da cuenta? El dinero con que he pagado a Bronson era el que iba destinado a usted. ¿No resulta gracioso? De todas formas, ha servido para pagar las armas y usted me ha hecho ese gran favor.

—¡Es usted un sucio canalla! —gritó Lupe.

—¡Ande, insúlteme si es que con ello se puede desahogar! —Rodríguez dio la vuelta a la mesa y se dirigió hacia la puerta, la cual abrió de golpe—. ¡Eh, Raúl, y tú, Valentín! Llevaos a la señorita García. ¡Me respondéis con vuestras cabezas de su seguridad!

Dos mexicanos penetraron en la estancia, y Lupe, tras permanecer un rato mirando fieramente a Luis, echó a andar y salió de la estancia seguida por la pareja de centinelas que le había sido designada.

—¡Romero! —llamó de nuevo con voz fuerte Rodríguez.

Otro mexicano apareció en el umbral.

—A sus órdenes, patrón.

—¿Cuántos prisioneros hay?

—Doce, jefe.

—¿Está Expósito entre ellos?

—No, patrón. No formaba parte de la cuadrilla.

—Es una lástima. Con Esteban en mis manos todo habría quedado resuelto.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó Romero.

Rodríguez se quedó un rato pensativo. Respondió:

—Creo que será una buena diversión. Les daremos el tormento de la sed. Ocúpate de que se haga todo bien.

Romero sacudió la cabeza y se marchó.

Rodríguez se volvió hacia los americanos mientras cerraba la puerta.

—¿Qué es eso del tormento de la sed? —preguntó Joe.

—¿Le interesa, señor Bronson?

—Siempre me ha gustado conocer las costumbres de los lugares que visito.

—Se trata de un espectáculo que sin duda encontrarán muy emocionante. Se clavan estacas en el suelo y a cada una de ellas se ata a un hombre. Así permanecen inmóviles, sin recibir una gota de agua, mientras el sol hace lo demás.

Joe miró fijamente el rostro de su interlocutor.

—No está mal —asintió—. Mi amigo y yo no nos lo perderemos. Vamos, Fred.

Rodríguez enarcó las cejas.

—¿No terminan el desayuno?

—Comeremos más tarde —respondió Joe, siguiendo hacia la puerta—. Nosotros estamos acostumbrados a dar un paseo para ayudar a la digestión.

Joe abrió la puerta y dejó que pasase Fred. Luego se volvió mirando a Rodríguez, el cual no se había movido del lugar en que se encontraba, cerca de la mesa.

—Le felicito, señor Rodríguez. Parece que las cosas se le están arreglando.

Y luego, sin esperar una respuesta, salió fuera cerrando a sus espaldas.

Los dos amigos abandonaron la casa y echaron a andar por un camino de arena compacta.

—Cada vez veo más negro este asunto, Joe —dijo Fred.

—Yo también lo creo así. He pensado que debemos abrir la caja de las sorpresas.

Bronson sacó el revólver y se entretuvo en rellenar de plomo el compartimento que había dejado vacío al disparar sobre Fermín.

De pronto, la voz de Fred sonó ronca:

—¡Eh, Joe, mira! ¡Allí, al fondo!

Joe dirigió la mirada hacia el lugar que su amigo le indicaba y observó a lo lejos a un jinete que hablaba con otro mexicano junto a un árbol.

—¿Qué ocurre, Fred?

—¡El tipo de la silla fue uno de los que nos atracaron la pasada noche!

—¿Estás seguro?

—Lo recuerdo perfectamente. Le aticé en la cara antes de que diesen conmigo en tierra.

—Ve por los caballos, parece que se marcha. Yo me quedaré

aquí vigilando.

Fred echó a correr, y Joe esperó su regreso.

El salteador continuaba conversando con su compañero, pero ahora estaba levantando la mano, despidiéndose.

Joe estaba dispuesto a disparar sobre el truhan para impedir que se le escapase, pero en ese instante apareció Fred con las cabalgaduras. Montaron, e inmediatamente su presa desapareció por un recodo y ellos salieron de estampida.

Lo vieron cruzar por una puerta que había abierta al este del gran jardín, y ellos pasaron también antes de que un mexicano la pudiese cerrar.

Por aquella parte no había casa alguna, y al momento vieron al jinete ascender por una colina en dirección al oeste.

Fustigaron a los animales y éstos avanzaron raudos como flechas.

La persecución era difícil, por cuanto necesitaban que el mexicano no se diese cuenta de que lo seguían, y darle demasiada delantera supondría perderlo de vista.

Al cabo de media hora, el forajido se adentró en un bosque de olmos. Joe y Fred también se internaron por entre los árboles, y al cabo de un rato llegaron ante un claro en el que se elevaba una cabaña de troncos.

El sudado caballo del hombre que habían perseguido estaba allí, junto con otros cuatro, tras una empalizada.

Joe hizo una señal a Fred y ambos descendieron de las sillas. Luego sacaron los revólveres y avanzaron lentamente.

Por una ventana les llegaron fuertes risotadas. Se acercaron a ella. Joe se quitó el sombrero y asomó poco a poco la cabeza. Dentro había cuatro hombres jugando a las cartas y otro que estaba cerca de la chimenea sirviéndose café. Éste era el que les había conducido hasta aquel lugar.

Joe hizo una nueva indicación a su amigo y dieron la vuelta a la casa.

Permanecieron inmóviles unos segundos. Bronson respiró profundamente. De pronto, pegó una fuerte patada a la puerta, que se abrió con terrible estruendo.

—¡Quietos todos! —ordenó, irrumpiendo en la estancia.

El que bebía café se quedó con la taza en el aire, sorprendido,

pero dos de los que estaban jugando corrieron las manos hacia las fundas y Joe hizo un disparo sobre el más rápido.

Se oyó un aullido de muerte y el hombre se desplomó pesadamente sobre el piso de madera.

—¿Han pensado que hablaba en broma? —dijo Fred.

No hubo respuesta.

Los hombres que estaban dentro permanecieron ahora en la misma actitud en que habían sido sorprendidos por el estampido.

Fred pasó por el lado de Joe y fue desarmando uno a uno a los mexicanos. Luego, Bronson se acercó una silla con la bota y tomó asiento en ella a horcajadas. Tras de observar un rato a los prisioneros se echó atrás el sombrero con el cañón del revólver y preguntó:

—¿Dónde está?

—¿Dónde está qué cosa? —retrucó el más viejo de sus oyentes.

—El dinero, los treinta mil dólares que nos robasteis anoche.

El otro se quedó un rato perplejo, y luego lanzó una carcajada.

—Ya me imaginé que usted se equivocaba, señor —dijo—. No sabemos a qué se refiere, ¿verdad, Alfredo?

Alfredo era el hombre a quien Joe y Fred habían seguido, y al oír las palabras de su compañero, dejó sobre la mesa la lata en que estaba bebiendo el café. Repuso:

—Naturalmente, señor. No sabemos una palabra.

Joe examinó el rostro de Alfredo. Fred estaba en lo cierto, tenía un hematoma cerca del ojo derecho.

—¿Dónde te hiciste eso, muchacho? —le preguntó Joe.

El interpelado se llevó una mano a la cara y dijo:

—¡Oh, fue mi mujer! Ella y yo siempre estamos a la gresca.

Joe sacudió la cabeza en sentido afirmativo y se levantó parsimoniosamente apartando la silla con el pie.

—De acuerdo, muchacho —dijo, acercándose a los cuatro—. Mi amigo y yo nos hemos equivocado. Todo ha sido un sueño nuestro. Nunca nos robaron los treinta mil dólares. Vosotros no sabéis nada. Sois unos estupendos chicos y estáis aquí solo por pasar el rato.

—Desde luego es así —convino Alfredo.

Joe clavó sus ojos fríos como el acero en el embustero, y de súbito le descargó un culatazo junto al mentón.

Alfredo soltó un gruñido y se desplomó de rodillas.

—Mi amigo y yo tenemos mucho tiempo por delante —anunció Joe, con voz desprovista de emoción—. Vosotros tenéis la pasta y la vais a soltar, aunque os tenga que convertir en pulpa.

Alfredo empezó a levantarse. Entonces Joe lo cogió por el cuello de la camisa de hilo y le estrelló la espalda violentamente contra la pared.

—¿Vas a hablar, cerdo inmundo, o prefieres que te meta un par de balas en la barriga?

Alfredo se humedeció los labios con la lengua mientras abría los ojos, aterrorizado.

—¿Por qué va a hacer eso con un pobre hombre como yo? —dijo temblorosamente.

—Claro que sí; tú eres un pobre hombre a quien le importa un rábano cargarse a una veintena de ciudadanos si vaciándoles los bolsillos puede reunir hasta un par de dólares. —Joe hizo una pausa —. Vas a soltar la lengua ahora mismo o te juro que te la hago tiras.

Le golpeó de nuevo la cabeza contra los troncos y Alfredo estuvo a punto de desplomarse, pero Joe lo sostuvo.

—¡No me pegue más! —gritó—. ¡Se lo diré todo!

Joe seguía haciendo presión contra él.

—Anda, Alfredo, date prisa. A veces me pongo nervioso y el revólver se me dispara sin darme cuenta.

—¡Yo no tengo un solo billete! Puede registrarme, y también puede registrar la casa.

—¿Dónde están los treinta mil?

La boca de Alfredo emitió unos cuantos gruñidos ininteligibles, y luego, casi incoherentemente, dijo:

—Rodríguez… el señor Rodríguez.

—Los tiene él, ¿verdad?

—Sí.

—Él fue quien os ordenó que nos asaltaseis.

—Sí.

—Y también os dijo que no nos mataseis porque nos necesitaba.

—Todo ocurrió como usted dice.

—Y el dinero se lo habéis devuelto a él.

—Sí, señor. Rodríguez lo tiene.

Joe lo dejó libre y se apartó unos pasos de él.

—No sois más que gentuza indeseable —dijo—. Debería de

pegaros un tiro a cada uno a sangre fría, y muchas familias me lo agradecerían eternamente.

—No haga eso, señor Bronson —dijo Alfredo—. Ya le he dicho lo que quería.

—Vas a contestar a otra pregunta, Alfredo.

—Diga, señor Bronson.

—¿En qué habitación de la casa está la señorita García?

—En el piso superior, a la derecha.

—¿Qué piensa hacer Rodríguez con la chica?

Alfredo se mordió el labio superior.

—No lo sé, señor Bronson —respondió.

En aquel instante, Joe sintió que algo duro se apastaba contra su columna vertebral, y una voz dijo:

—Yo contestaré a su pregunta, señor Bronson.

Era Rodríguez.

Joe soltó una maldición para sus adentros por no haber tenido la precaución de vigilar la puerta abierta. Él y Fred, como dos incautos, habían permanecido todo el rato dando la espalda al hueco.

—Manténganse quietos —ordenó Rodríguez—. Hay otros hombres detrás de mí. Tiren las armas, por favor.

Joe y Fred dejaron caer los revólveres al suelo. Uno de los hombres que estaba enfrente los recogió, y Rodríguez se adelantó hasta quedar frente a los americanos.

—¿Sorprendido, Bronson? —preguntó con una sonrisa de triunfo.

—Le he subestimado, amigo —contestó Joe, tratando de calmarse.

—Uno de mis muchachos les vio partir detrás de Alfredo y supuse lo que iba a ocurrir.

—Será mejor que ponga las cartas sobre la mesa, Rodríguez.

—Yo también soy de esa opinión, Bronson, y va a conocer mi juego enseguida. Usted ha preguntado qué voy a hacer con la señorita García. Al parecer, le interesa mucho su futuro.

—Suponga que es así.

Rodríguez dio unos pasos por la habitación mirando el cañón del revólver que tenía en la mano; se detuvo volviendo la cabeza hacia Bronson.

—Me voy a casar con ella, amigo.

—¿Usted se va a casar con ella?

—Es lo que he dicho.

—Está loco si piensa que Lupe va a dar su consentimiento.

—Eso no me preocupa. Ella me aceptará como esposo.

—Lupe preferiría antes la muerte. He hablado poco con esa joven, pero la conozco lo bastante para estar seguro de que usted no conseguirá lo que pretende.

—Es cierto que Lupe preferiría la muerte a consentir que nos echen la bendición. Lo sé perfectamente. Por ello, para conseguir su consentimiento, he preparado un bonito truco, señor Bronson.

—Me gustaría conocerlo.

—Le voy a dar esa satisfacción. —Rodríguez hizo una pausa—. ¿No me oyó ordenar que se diese a los prisioneros el tormento de la sed?

—Sí, lo oí.

—Pues en eso va a consistir todo. Cuando los hombres de la señorita García estén agonizantes, muriéndose por una gota de agua, sacaré a Lupe al balcón y ella los verá, señor Bronson. Entonces será el momento indicado para que yo le declare mi pretensión de convertirla en mi mujer.

—¡Es usted un perro!

—Vamos, señor Bronson, no pierda la serenidad. —Rodríguez rió—. Lupe no dudará en aceptarme como marido cuando le diga que mi regalo de boda consiste en dejar con vida a sus hombres. ¿Ve qué sencillo es?

Joe sintió el súbito impulso de lanzarse contra Rodríguez. Llegó a dar un paso, pero inmediatamente aquél levantó el revólver apuntándole al pecho.

—Párese, amigo, o terminaré con usted aquí mismo.

Joe sacudió la cabeza en sentido afirmativo obedeciendo la orden. Al cabo de un rato, preguntó:

—¿Por qué quiere casarse con ella?

—Un hombre como yo, con ambiciones, debe procurar que la mujer que elija como esposa esté a su altura. ¿Se da cuenta? ¿Qué mejor compañera para mí que Lupe García? Es hermosa, educada, correcta, y desciende de un virrey. Ella y yo llegaremos a sentarnos en los sillones presidenciales de México.

—¡Eso es sólo un sueño! —dijo Joe, con voz ronca.

—Un sueño que yo voy a convertir en realidad.

—No podrá.

—¿Quién me lo va a impedir? ¿Usted? No sea optimista, señor Bronson. Usted está perdido.

—No me refería a mí, sino a sus compatriotas. Ellos se darán cuenta al fin de que usted es un déspota, un tirano. Entonces sus horas estarán contadas.

Rodríguez lanzó una carcajada.

—No ocurrirá nada de eso, Bronson. Una vez consiga el poder, me mantendré en él a sangre y fuego. Tengo hombres suficientes para evitar cualquier sorpresa.

—Es usted un degenerado ávido de sangre. Compadezco a su país si tiene que soportar su gobierno.

—Quise darle una oportunidad de que fuese de los nuestros, señor Bronson.

—Sólo nos hubiese utilizado mientras le fuésemos necesarios. Ése es su principio, Rodríguez, el de deshacerse de todo el que pueda exigirle una rendición de cuentas. Usted tenía proyectado limpiarnos el dinero que cobrásemos de las armas, ofrecernos ese empleo de instructores de sus hombres, y probablemente también proyectó liquidarnos cuando hubiésemos concluido nuestro trabajo. Si ahora nos elimina, no hace más que precipitar la ejecución de su plan.

Rodríguez se mantuvo serio unos instantes.

—Está bien, Bronson. No voy a negar que tenga razón, pero al menos hubiesen vivido unos cuantos días más. La vida es muy bonita, señor Bronson. Se dará cuenta de ello ahora que la va a perder.

Fred intervino en aquel instante:

—¿Por qué no nos deja en libertad? Sus hombres nos pueden acompañar hasta la frontera. Ya se hizo con las armas y nos ha dejado sin dinero. ¿Qué más quiere?

Rodríguez meneó la cabeza en sentido negativo.

—Ustedes tienen que morir. Está decidido. Tengo la seguridad de que si yo les dejase libres, tratarían de jugarme una mala pasada.

—No se equivoca —convino Joe—. Yo intentaría ponerle una soga alrededor del cuello y no me concedería descanso hasta

lograrlo.

—Me alegro de que ustedes desaparezcan de la lista de mis enemigos —dijo Rodríguez—. Ahora estoy convencido de que hubiesen sido los más peligrosos. Ahora, caballeros, tendrán que perdonarme, pero me tengo que marchar. Les dejaré con la grata compañía de los hombres a quienes ustedes sorprendieron. Ellos conocen mis deseos y no creo que inviertan mucho tiempo en enviarles al otro mundo.

Rodríguez se dirigió hacia la puerta, y cuando llegó ante el umbral se volvió e hizo un saludo con el revólver, diciendo:

—Hasta nunca, gringos.

CAPÍTULO VIII

El último de los hombres que había venido acompañando a Rodríguez salió de la cabaña cerrando tras de sí la puerta.

Dentro quedaron Alfredo con sus tres compañeros enfrentados a Joe y Fred.

Alfredo sonrió, mientras decía:

—Éste es mi turno, señor Bronson. Usted querrá morir rápidamente, ¿verdad?

Joe no contestó.

—Pues no, señor Bronson —siguió diciendo su interlocutor—. No voy a darle ese gusto. Voy a obligarle primero a que se ponga de rodillas y que me pida perdón, a que suplique por su vida.

—No va a ocurrir nada de eso, compañero —repuso Joe—. Va a perder el tiempo. Si yo estuviese en su lugar, apretaría de una vez el gatillo.

Alfredo dibujó en su rostro una mueca feroz.

—Usted se cree un tipo de aguante, ¿verdad? Piensa que no hay ningún hombre que lo pueda ablandar —hizo una pausa—. Yo le demostraré que está equivocado y que es como todos los demás.

Joe dirigió una mirada retrospectiva a los tres compañeros de Alfredo. Se mantenían inmóviles, a la expectativa, revólver en mano, esperando la escena que a su juicio iba a sobrevenir. Él y Fred tenían escasas probabilidades de escapar de aquella trampa en que ellos mismos se habían metido. Pero tenían que agotar todos sus recursos.

—¿Por qué no es más sensato? —dijo, manteniendo sus ojos fijos en el rostro de Alfredo—. ¿No lo podríamos arreglar de otra forma?

—¿Qué se le ocurre?

—Dicen que el dinero lo puede todo. Éste es un buen momento

para saber si eso es cierto.

—¿Dinero?

—Mi amigo y yo estamos dispuestos a pagarle mil dólares si nos dejan con vida. Rodríguez nunca se enterará. Nosotros regresaríamos inmediatamente a nuestro país.

Joe hablaba por ganar tiempo. Ahora dio un paso hacia Alfredo, que, un poco sorprendido por la oferta que le acababan de hacer, arrugó los ojos, replicando:

—Usted está loco, Bronson.

—Dígame en qué se fundamenta para llegar a esa conclusión.

—Es la mar de fácil. Usted y su amigo no llevan encima un centavo. ¿Es que no lo recuerda? Nosotros les asaltamos y les quitamos toda la pasta.

—Eso es cierto, pero entre nuestros amigos que quedaron en Rosita podemos reunir fácilmente esos mil dólares.

—Tonterías.

Joe dio otro paso mientras pedía al cielo que Fred se diese cuenta de que muy pronto tendrían que luchar a brazo partido por conservar sus vidas. Alfredo apretó con más fuerza el revólver, y dijo, riendo:

—Es usted un tipo muy fantástico. ¿Ha pensado que con esa trampa estúpida nos iba a engañar?

—Solamente he querido hacerle una oferta.

—De acuerdo, pero no sirve de nada porque no la acepto. Está perdido, amigo, y nada ni nadie le podrá salvar de esta situación.

Joe sacudió la cabeza afirmativamente. Calculó la distancia que lo separaba de Alfredo y los otros hombres. Un segundo de vacilación al lanzarse al ataque equivaldría a una muerte instantánea. Sus movimientos tenían que ser precisos, decididos. Un solo fallo significaría que su cuerpo quedaría acribillado a balazos antes de que llegase a tocar el suelo. Respiró profundamente y bajó la cabeza.

—Mil quinientos dólares. Es un buen precio.

—No, señor Bronson, pero me divierten sus palabras. En cierto modo, lo que usted está haciendo no es más que pedir por su vida. Tiene miedo, ¿verdad? Apuesto a que lo tiene metido ya en el tuétano.

—Es posible. —Joe disminuyó un poco más la distancia que le

separaba de su verdugo—. ¿Quién no lo tendría si estuviese como yo a su merced?

Alfredo soltó una carcajada.

—De rodillas, Bronson, pídamelo de rodillas y no se olvide de agregar eso de los mil quinientos dólares… Quizá logre que me compadezca de usted.

Joe se quedó unos segundos quieto, pero finalmente hizo un movimiento con la cabeza como si fuera a arrodillarse. De pronto, saltó hacia delante.

Esperaba que los cuatro forajidos dedicasen toda su atención a él durante unos segundos, con lo cual Fred tendría tiempo de tomar sus medidas.

Aferró con la diestra la muñeca armada de Alfredo y tiró de él. Luego rodeó la cintura del mexicano con el brazo izquierdo.

Alfredo soltó una exclamación.

En ese instante, uno de los hombres que estaba a la derecha hizo vomitar fuego a la negra boca del revólver que empuñaba.

La onza íntegra de plomo se introdujo entre los costillares de Alfredo, arrancándole un aullido de dolor.

Joe, por un acto reflejo, soltó la muñeca y fue al encuentro del revólver que se iba a desprender de la mano de Alfredo. Había transcurrido hasta entonces el breve espacio de dos segundos.

Fred se lanzó sobre el mexicano que había hecho fuego, pero de nada le habría servido su rapidez si Joe no hubiese empezado a disparar con un salvaje ritmo de muerte.

Los tres compañeros de Alfredo se contorsionaron espasmódicamente, sintiendo sobre sus carnes los picotazos de los proyectiles. Uno a uno fueron cayendo al suelo.

Fred no pudo frenar su impulso y chocó contra el hombre que había elegido por víctima cuando ya no era necesaria su colaboración.

En un momento, la atmósfera de la cabaña quedó envuelta por el humo, mientras se producía un profundo silencio.

Fred cogió un revólver e se incorporó rápidamente mirando los cuerpos que había tendidos en tierra, pero ninguno de ellos se movió, a excepción de Joe, que se puso en pie.

—¡Canastos, muchacho! —exclamó Fred—. Creí que no lo contábamos.

—Hemos tenido un poco de suerte.

—¿Suerte? ¡Que me maten si en mi vida he visto a alguien con esa rapidez tuya para disparar! No les diste tiempo ni para darse cuenta de que morían.

—Hemos de darnos prisa, Fred. Tenemos mucho trabajo por delante.

—¿Piensas, acaso, impedir que Rodríguez se salga con la suya?

—Creo que valdrá la pena intentarlo.

—¡Demonios! Esa chica tiene todas mis simpatías, pero no veo que exista una sola probabilidad a nuestro favor. Dijiste que teníamos una ventaja sobre Rodríguez porque ignoraba nuestras intenciones, pero ahora ese momento ha pasado.

—Sí, ya lo sé —admitió Joe, pensativo—. Será más duro de lo que esperaba, pero no por eso me voy a volver atrás. ¿Estás conmigo?

—Claro que sí, muchacho. Aunque sólo sea porque me has salvado la vida, debo ir contigo hasta el infierno.

En ese instante, oyeron una fuerte galopada.

—¡Es lo que faltaba! —exclamó Fred—. Rodríguez debe haber oído los disparos y vuelve con sus hombres.

—Me parece que no debe ser él. Es posible que haya oído los estampidos, pero habrá pensado que eran sus hombres quienes los hacían y que a estas horas nosotros hemos emprendido el viaje al otro mundo.

Fred miró perplejo a su amigo, dándose cuenta que el argumento no admitía réplica alguna. Joe abrió la puerta y salió fuera con el revólver preparado para hacer fuego.

De pronto, apareció un tropel de jinetes a cuyo frente marchaban Esteban Expósito y Lloyd.

—¡Señor Bronson! —gritó Lloyd al ver a su jefe.

Fred también salió de la cabaña al reconocer la voz amiga. Los jinetes vinieron hacia ellos y Lloyd y Esteban descendieron de las sillas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Expósito.

—Eche una ojeada ahí dentro y lo sabrá —dijo Joe.

Expósito fue a la puerta y miró hacia dentro. Luego se volvió:

—Es un panorama que me gusta —dijo, sonriendo—. Se trata de la pandilla de Pancho Vargas.

—¿Pancho Vargas? —gritó Bronson.

—Sí, también se hacía llamar Alfredo. Es un forajido que siempre ha trabajado a las órdenes de Rodríguez. ¿Cómo es que ha peleado con ellos, Bronson?

—¡Váyase al diablo! —intervino Lloyd, y miró a Joe—. Ya le he dicho que cuando usted se diese cuenta de la clase de hombre que era ese Rodríguez, si es que nos habían engañado con las historias que nos contaron, trataría de ayudar a la señorita García.

Hubo un largo silencio que interrumpió el propio Esteban.

—¿Es cierta la suposición de su empleado, señor Bronson?

Joe sacudió la cabeza y sonrió mientras palmeaba la espalda de Lloyd.

—Perdona que te pegase, muchacho, estaba un poco excitado.

Lloyd se acarició el mentón.

—Después de todo, tenía motivos. La señorita García nos tendió una celada y luego nos emborracharon. Usted debió sentirse furioso. No tiene que explicarme nada, aunque fue un buen golpe.

Esteban se acercó a Joe frotándose la nuca.

—Palabra que jamás me podía imaginar una cosa así.

—¿A qué se refiere?

—¿Le parece poco? Antes de venir usted, las cosas estaban mal. Luis Rodríguez era el amo de la región y nosotros nos defendíamos como podíamos allá en las montañas. De pronto, usted aparece y arma una de las grandes. Nosotros le capturamos los rifles, usted nos los quita y se los entrega a Rodríguez. De esa forma, ese forajido se encuentra en condiciones de llevar a cabo su plan, y no es eso solo, se apodera de Lupe y de los mejores de nuestros hombres. ¿Se da cuenta, señor Bronson? Su llegada a nuestro país ha producido tanto jaleo como un terremoto. ¡Y pensar que todo se podía haber arreglado si nuestros hombres hubiesen encontrado el dinero!

—Habrían llegado a tiempo si Rodríguez no los hubiese interceptado.

Esteban abrió los ojos, asombrado.

—¿Quiere decir que nos robó nuestro dinero, señor Bronson?

—No solamente el de ustedes, sino el nuestro, el que nos pagó por las armas.

—Ya me imaginaba que ese tipo no estaría dispuesto a

entregarles un solo dólar. Bueno, ¿qué hacemos ahora?

—Creo que tendremos que lanzarnos sobre Nadadores para rescatar a Lupe. Existe una razón muy poderosa para ello. Ella se va a casar con Rodríguez.

—¡No! —El asombro de Esteban llegó al límite.

—Ya puede estar seguro.

A continuación, Joe contó a Esteban el futuro que Rodríguez había preparado para Lupe García.

—¡Maldito canalla! —exclamó desesperado Expósito, cuando hubo escuchado todo el relato.

—¿Cuántos somos? —preguntó Joe.

—Los que estamos aquí. Veinte nada más.

—Es igual. Atacaremos de todas formas.

—¿No le parece una locura? Rodríguez dispone de un centenar de hombres. Aunque a nosotros no nos falte el valor, nos servirá de muy poco. Nos fulminarán mucho antes de que hayamos llegado a la habitación donde se encuentra Lupe.

Joe cerró los puños rabiosamente en un gesto de impotencia.

—¿Qué se le ocurre, entonces? —gritó—. Tiene que haber otra solución.

—No, creo que no.

Esteban empezó a pasear cogiéndose la cabeza con las dos manos. De pronto, se detuvo y se volvió hacia Joe haciendo chasquear los dedos.

—¿Ha dicho boda? Ella se va a casar con Rodríguez. ¿No es cierto?

—¿Necesita que se lo repita? —dijo Joe, de mala gana.

—¡Eso es lo que me ha dado la idea!

—¿De qué se trata? —preguntó Joe, curioso.

Expósito se le acercó con una sonrisa en los labios.

—Estoy por asegurar que las cosas pueden salir mejor de lo que esperábamos.

—¿Quiere hablar de una vez?

—Claro que sí, señor Bronson. La señorita Lupe es fervientemente católica, y, a su entender, al casarse con un hombre a quien no ama, comete un pecado. Necesitará descargar su conciencia, para lo cual requerirá la presencia de su confesor, el padre Gregorio. ¿Lo va entendiendo, señor Bronson?

—Sí, creo que sí.

Joe se fue informando poco a poco del plan que aquel auténtico patriota había forjado en su mente.

Parecía absurdo, casi imposible de poner en práctica, pero no tenían más remedio que intentarlo porque de su realización iba a depender la vida de muchas personas.

CAPÍTULO IX

—¡Levantad los vasos, muchachos! —ordenó Rodríguez, poniéndose en pie.

Los hombres que rodeaban la mesa obedecieron, muchos de ellos trabajosamente porque el pulque había comenzado a hacerles efecto.

—Ahora vais a brindar por mí, por vuestro jefe Luis Rodríguez y por la mujer que mañana será mi fiel esposa, Lupe García.

Los seguidores del temible bandido repitieron el brindis a una sola voz, y cuando hubieron bebido el contenido de sus vasos, Rodríguez lanzó un estentóreo chillido.

—¿Y qué hubo, muchachos? ¿Dónde están las guitarras y las mujeres?

Los músicos que había al fondo de la habitación se pusieron a tocar sus instrumentos, y al instante, varias jóvenes irrumpieron en la estancia bailando y lanzando al aire fuertes gritos.

Rodríguez tenía a su lado a Fermín, el cual hacía descansar sobre la mesa su mano herida.

—¿Qué te parece, muchacho? —le dijo Luis—. ¿No te dije que todo saldría a pedir de boca?

—Fue buena su estratagema, jefe. A nadie se le podía ocurrir enseñar a la señorita García a sus hombres muriendo de sed atados a los postes.

Rodríguez soltó una carcajada.

—Fue una buena declaración de amor, allá arriba en el balcón, con aquel escenario. Ella sólo vaciló unos instantes. Es una mujer valerosa. Ni siquiera derramó una lágrima. Se volvió hacia mí como una fiera y me dijo que los soltase porque estaba dispuesta a casarse conmigo.

—¿Piensa soltarlos, jefe?

Rodríguez miró a su subordinado, y dijo, con sarcasmo:

—¿Has creído eso de mí? A veces me resultas como un niño, Fermín. No habrá nada de eso. Esos doce hombres morirán, pero les daremos un final más dulce. Lupe ni siquiera se enterará. Los colgaremos después de la boda, cuando la muchacha ya sea mi esposa.

—Lástima que hayamos perdido la oportunidad de colgar también a esos dos americanos.

—¿Qué más da una soga alrededor del cuello que un balazo? El señor Bronson y su amigo están muertos… Pancho y los suyos les metieron unas cuantas balas en el cuerpo.

—¿Los vio usted, jefe?

—No, no quise verlo. Después de todo, Bronson me trajo las armas y tampoco era un mal tipo —hizo una pausa y añadió—: Quizá sea que me estoy volviendo sentimental —soltó una carcajada mientras palmeaba a Fermín—. ¿Te das cuenta, muchacho? Yo un sentimental. Habré de tener cuidado. Eso siempre es malo.

Una joven que estaba bailando se acercó y pretendió sentarse en las rodillas de Rodríguez, pero éste le pegó un manotazo, alejándola de sí. La joven perdió el equilibrio y cayó en el suelo entre las carcajadas de los hombres.

—No, preciosa —dijo Rodríguez—. Soy un hombre que va a casarse mañana y debo respetar a mi mujer.

La nueva ocurrencia de Rodríguez fue coreada por más carcajadas.

Inesperadamente, una puerta se abrió y apareció un esbirro.

—¿Qué ocurre, Hermes? —preguntó Rodríguez.

—Ahí fuera está el padre que mandara traer.

—Pues hazle pasar.

El llamado Hermes miró a las mujeres que bailaban y a los comensales que reían desaforadamente en la mesa; finalmente se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta, desde cuyo umbral hizo una seña hacia fuera.

Poco después penetraba en la estancia un hombre embutido en un hábito. Su ancha capucha le cubría la cabeza. Se mantuvo quieto en la puerta con los brazos cruzados. Ni siquiera se le podía ver el

rostro.

Rodríguez se levantó nuevamente de la silla, gritándole:

—¿No se acerca, padre? Quizá le guste algo de lo que hay aquí.

El recién llegado meneó la cabeza en sentido negativo.

—Está bien, usted se lo pierde.

El religioso giró sobre sus talones para marchar, pero de pronto dijo Rodríguez:

—Eh, oiga, padre. Será mejor que se meta esto bien en la cabeza. La señorita García no le ha llamado para preguntarle su parecer sobre su matrimonio conmigo. Está ya decidido, ¿sabe? Será mejor que reserve sus sermones para el púlpito. Aquí no tiene nada que hacer. Ella insistió en que tenía necesidad de confesarse y no quise quitarle el gusto. ¿Queda eso claro?

El interpelado hizo un movimiento afirmativo.

—De acuerdo, padre —rió Rodríguez—. Es usted un hombre comprensivo; pero recuérdelo: no se entretenga demasiado. Me podría agotar la paciencia.

El hombre del hábito salió de la habitación seguido de Hermes, quien le condujo por una escalera al primer piso de la casa.

Se detuvieron ante una puerta que estaba vigilada por un centinela sentado en una silla. Hermes, tras cambiar unas palabras en voz baja con él, llamó con los nudillos.

—Señorita García.

—¿Qué ocurre? —preguntó la joven, desde dentro.

—Está aquí el padre Gregorio.

—Hazlo entrar —inmediatamente.

Hermes hizo girar el pomo de la puerta y abrió ésta, haciendo una seña al religioso para que pasase. Este así lo hizo, y una vez dentro, cerró a sus espaldas quedando con la cabeza gacha, inmóvil.

Lupe García se encontraba cerca de una ventana, mirando al hombre que había quedado junto a la puerta.

—Supongo, padre, que el señor Rodríguez le habrá comunicado la razón de mi llamada.

—Sí.

Lupe se mantuvo unos instantes en silencio, y luego se volvió para mirar a través de los cristales hacia la parte de fuera.

—No he tenido más remedio que dar mi consentimiento. Iba a matar a doce de mis hombres a sangre fría, dándoles tormento. Ya

sé que ahora él será el amo de todo, que no habrá nadie que intente rebelarse contra él y que sobre México caerá la mayor de las plagas.

La joven se llevó una mano a las sienes, apretándolas con fuerza.

—He pensado mucho, padre Gregorio, y he llegado a dar cabida en mi imaginación a la idea de que algún día podré matarlo con mis propias manos. Sé que nadie está autorizado para quitar la vida a un semejante, pero ¿de qué forma puedo impedir que siga derramando más sangre inocente? Es terrible, padre. No existe nada peor que la duda. Sé su respuesta: que debo hacer frente a mi destino, que la vida de todos los hombres está en las manos de Dios y que nosotros debemos acatar su voluntad.

Hubo un nuevo silencio. Luego, Lupe prosiguió:

—Y todo esto ha sido motivado por un hombre que ni siquiera es como nosotros, un americano llamado Joe Bronson. Él ha sido quien ha traído las armas. Yo le tendí una celada y cayó en ella. Tuve la esperanza de ganarlo para nuestra causa. Me dio la impresión de que era un hombre justo, a pesar de ser un aventurero. No sé qué juicio formar de él ahora que ya no existe. Salió en mi defensa y evitó que uno de esos bárbaros me golpease con el látigo. Fue algo extraño, padre. Cuando le miré a los ojos leí en ellos algo que no había visto jamás en los de otro hombre. Le resultará absurdo, pero en aquel instante pensé que él era, no sólo la persona que necesitábamos para derrotar a Rodríguez, sino algo más.

—¿Algo más? —repitió en forma de pregunta el oyente que tenía a sus espaldas.

—Sí, padre. No me importa confesarlo ahora que está todo perdido. —Lupe García se mordió el labio—. Pensé que él era el hombre que Dios había destinado para mí —sobrevino otra larga pausa; al cabo de un rato, Lupe giró nuevamente y en sus labios aleteó una sonrisa—. Perdóneme, padre. Debo parecerle muy egoísta al hablarle de una cosa puramente personal.

—Debí interrumpirla antes, y por no haberlo hecho soy yo quien debe pedirle perdón a usted.

—No le comprendo.

La capucha del religioso cayó hacia atrás impulsada por una nervuda mano.

Lupe García vio ante sí a Joe Bronson.

La muchacha se llevó una mano a la garganta, al tiempo que una

palabra salía por entre sus labios:

—¡Usted!

—Los hombres de Rodríguez no pudieron llevar a cabo su plan.

Los segundos transcurrieron lentamente. Al fin, ella preguntó:

—¿Y el señor Kenner?

—Está a salvo también.

—¿También? ¿Acaso cree que usted lo está? ¡No debió venir aquí!

—Tenía que hacerlo.

—¿Por qué?

Joe se quitó el hábito rápidamente y lo arrojó encima de una silla. Luego se quedó mirando fijamente a la joven, y dijo:

—Tengo varias razones. En primer lugar, usted está aquí por mi culpa. Traje las armas para Rodríguez, proporcionándole, sin saberlo, los medios para acabar con ustedes. En segundo término, yo quería treinta mil dólares por mis rifles y Rodríguez me los dio con una mano y me los quitó con la otra. Tercera razón, intentó asesinarnos a Kenner y a mí, y por último…

—¿Por último?

Joe se quedó un rato en silencio mientras se frotaba el mentón con el dorso de la mano.

—A mí me ocurre como a usted, Lupe.

De pronto, las mejillas de la joven se colorearon.

—¿El qué, señor Bronson?

—Que cuando la vi tendida en el suelo allá en el comedor tuve la sensación de que… de que usted era la mujer que estaba destinada para compañera de mi vida.

Lupe se mordió el labio inferior y se volvió rápidamente, dando la espalda a Joe.

—¿Cómo llegó hasta aquí? —preguntó.

—Cuando Fred Kenner y yo nos libramos de los verdugos de Rodríguez, llegó allí Esteban Expósito capitaneando un grupo de hombres, entre los que se encontraban mis compañeros. Informé a Esteban de lo que pretendía hacer contigo Rodríguez, y fue a él a quien se le ocurrió la idea de que tú querrías confesarte con el padre Gregorio antes de que se celebrase la boda; así que nos fuimos al convento y Esteban convenció al padre para que dejase que yo lo sustituyese.

Joe dio unos pasos hacia Lupe.

—Creo que esto es una locura —murmuró la joven.

Bronson la cogió por un brazo y la hizo girar.

—Todo va a salir bien. Es necesario que así sea, y, por tanto, depende de nosotros. No creo que me vayas a decepcionar ahora. Cuando me di cuenta en tu casa de que nos habías engañado atrayéndome hasta allí, pensé para mis adentros que no había conocido a ninguna mujer más valerosa que tú, y fue eso precisamente lo que empezó a cautivarme, tu seguridad y tu arrojo, a pesar de que no me gustó mucho eso de que nos tomases el pelo.

Llamaron a la puerta.

Joe desenfundó rápidamente el revólver.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Ya ha transcurrido demasiado rato, padre Gregorio —contestó una voz—. Ha tenido tiempo suficiente para que ella le haya contado toda su vida.

Joe habló en voz baja:

—Espera a que llegue a la puerta y entonces le dices que entre.

La joven asintió, y Joe le apretó la mano.

Lupe esperó a que él estuviese junto a la puerta, y entonces dijo:

—El padre Gregorio ya ha terminado. Puede pasar.

La puerta se abrió y Hermes entró en la estancia. Miró al fondo de la habitación buscando al padre Gregorio. Al volverse vio a Bronson con el revólver en la mano y fue a soltar una exclamación, pero el gesto de Joe se la ahogó.

Luego Joe hizo una señal para que se apartase de la puerta, y cuando Hermes hubo obedecido, aquél salió de su escondite y pegó un culatazo en la cabeza al centinela que estaba sentado en el pasillo. El guardián inclinó la barbilla sobre el pecho y quedó inmóvil en la silla.

Todo había transcurrido en pocos segundos, y Joe se volvió en el preciso momento en que Hermes iba a hacer uso de su pistola.

Joe apretó antes el gatillo, y Hermes recibió el impacto en el pecho; trastabilló, y por fin se derrumbó al tiempo que arrojaba un chorro de sangre por la boca.

Lupe cogió rápidamente el revólver caído del suelo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella.

—Nos tendremos que abrir paso a tiros.

Abajo se oyeron voces fuertes, y las guitarras dejaron de tocar.

—Ven conmigo —dijo Lupe.

Salieron los dos al pasillo oyendo carreras precipitadas por la escalera. Cuando llegaban al vestíbulo, Joe se volvió e hizo fuego sobre el primer hombre que aparecía al otro lado, el cual cayó abatido sin soltar una exclamación.

Lupe abrió una puerta y pasaron al interior de un dormitorio.

Joe cerró y pasó un gran cerrojo, volviéndose hacia la joven.

—¿Qué es esto? ¿Una ratonera?

Lupe negó con la cabeza y se agachó. Levantó una alfombra dejando al descubierto el piso de madera sobre el que se destacaban unas ranuras.

—¡Una salida secreta! —exclamó Joe.

La joven tiró de una pequeña argolla, y tras producirse un leve chasquido, quedó al descubierto una entrada subterránea.

—He pasado muchos días de mi niñez en esta casa —dijo Lupe —. Aquí vivía una familia a la que Rodríguez fue eliminando poco a poco hasta matar al último de sus miembros.

En este instante cargaron sobre la puerta violentamente y la hoja crujió, resistiendo el embate.

Se oyó una fuerte carcajada y la voz de Rodríguez:

—¡No le servirá de nada, padre Gregorio! ¡Y tampoco a ti, palomita! ¡No podréis escapar, y será mejor que salgáis por las buenas!

Joe sonrió a Lupe y le indicó con el revólver que empezase a descender.

La muchacha se recogió las faldas y bajó por la escalera. Joe lo hizo después, y como no podía dejar las cosas como estaban, es decir, la alfombra sobre la puerta, dejó ésta abierta.

Llegaron al fondo y siguieron por un pasadizo en el que había un fuerte olor a humedad. Conforme se alejaban de la entrada fue haciéndose la oscuridad.

El piso era muy irregular y Lupe estuvo a punto de caer, pero Joe estaba a su lado y la sostuvo rodeándola con un brazo por la cintura. Durante unos instantes, sus rostros estuvieron muy juntos, y él sintió la suave tibieza que emanaba el hermoso cuerpo de la joven y aspiró la fragancia de sus cabellos.

—Debemos darnos prisa —dijo ella, sin hacer nada por soltarse.

Joe, por toda respuesta, acercó sus labios a los de ella y los besó, apretándola fuertemente contra sí.

Al cabo de un rato separaron sus bocas unas pulgadas, y ella dijo:

—Habré de tener cuidado para no tropezar otra vez —sus labios sonrieron—. De lo contrario, no saldremos de este pasadizo.

Joe la dejó libre y prosiguieron su camino.

Al cabo de un rato vieron luz a lo lejos.

La salida del subterráneo estaba protegida por un espeso matorral y Joe tuvo que romper muchas ramas para conseguir hacer un hueco que les permitiese el paso.

Una vez al otro lado, respiraron profundamente llenando los pulmones de vivificante oxígeno.

Joe echó un vistazo a su alrededor. Se encontraban en la montaña, y a la derecha se veía el pueblo de Nadadores. La colina descendía suavemente hasta la orilla del río. Tres millas allá les esperaban Expósito, Fred y los demás, a quienes Joe había dado orden terminante de no hacer nada por ayudarle en su empresa.

Joe cogió de la mano a Lupe y tiró de ella hacia arriba.

—¿Dónde vamos? —preguntó la joven.

—A por un par de buenos caballos que nos esperan en la otra parte.

Empezaron a ascender. De pronto, cuando ya se encontraban cerca de la cumbre, se oyó una fuerte galopada y quedaron sobrecogidos al ver que por la parte del pueblo avanzaban rápidamente Rodríguez y un grupo de sus hombres.

CAPÍTULO X

—¡Allí están! —Oyeron gritar rabiosamente al ambicioso forajido.

Instantáneamente sonaron varios estampidos y las balas silbaron alrededor de donde Lupe y Joe se encontraban.

Bronson tiró de la muchacha buscando un refugio entre las rocas, y seguidamente se dispusieron a hacer frente a sus enemigos.

En un instante hicieron cuatro disparos, dos por cabeza, y otros tantos hombres quedaron tumbados para no levantarse jamás.

Rodríguez se dio más prisa que ninguno en buscar un lugar que le preservase de funestas consecuencias, y desde allí impartió órdenes para que sus muchachos se establecieran en los lugares oportunos para organizar un buen cerco.

Durante un buen rato no sonó un nuevo disparo, pero aquel profundo silencio fue interrumpido por la voz de Rodríguez.

—¡Fue un buen truco, Bronson! ¡Pero no lo volverá a repetir!

—Eso está por ver —contestó Joe, a sabiendas de que realmente la situación en que se hallaban era muy difícil.

—¿Tiene siete vidas, Bronson? ¿Qué hizo con mis hombres? Pensé que lo habían ultimado.

—Fueron demasiado flojos.

—Fermín tenía razón. Yo debí liquidarle con mi propio revólver.

—¿Por qué no lo intenta ahora?

—Es lo que pienso hacer, señor Bronson, meterle una bala entre ceja y ceja, a menos que acepte mis condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Usted me entrega a Lupe y yo lo dejo escapar con vida.

Joe dirigió una mirada hacia arriba calculando sus posibilidades.

—¡Mejore su oferta, Rodríguez!

—¿Le parece poco salvar la piel cuando está cogido como un

conejo?

—Muy poco.

—¿Qué más quiere?

—Usted, por lo visto, olvida algo, Rodríguez.

—Recuérdemelo.

—Yo vine aquí para hacer un negocio. Le traje sus armas, me pagó con dinero y luego me lo robó.

—¿Es eso, eh?

—Tengo ganas de marcharme de esta maldita tierra, pero con los bolsillos llenos, tal como debe ser.

—Es usted un buen negociante, Bronson. Le daré un par de miles.

—No hay bastante.

—¡Maldito sea! ¡Cinco mil!

De pronto, Lupe lanzó un grito. Joe se volvió rápidamente al tiempo de ver que dos hombres bajaban corriendo por la pendiente hacia ellos, mientras se llevaban el rifle a la cara para hacer fuego.

Sonaron dos estampidos y los mexicanos parecieron detenerse un segundo y luego se derrumbaron como muñecos y rodaron por el suelo rebotando una y otra vez contra las rocas hasta llegar al fondo, donde se encontraba Rodríguez.

—¡Tampoco ha servido la estratagema! —gritó—. ¡Está usted de suerte, Bronson!

—¿Cree realmente que es suerte? —chilló también Joe, para hacerse oír.

—¡Desde luego que sí! Pero ¿sabe una cosa? ¡No hay nadie que la tenga mejor que yo! Siempre he conseguido lo que pretendía.

Joe pensó durante unos instantes, y luego dijo:

—No le creo, Rodríguez.

—¿Qué es lo que no cree?

—Que sea usted un hombre más afortunado que yo, y estoy dispuesto a demostrárselo.

—¿De qué forma? —preguntó Rodríguez, curioso.

—De la más sencilla. Enfrentándonos usted y yo.

Sobrevino un silencio. Rodríguez lanzó su característica risotada.

—¿Está hablando en serio, Bronson?

—Nunca en mi vida lo he hecho más en serio.

—¿Y quiere mantener conmigo un duelo a pistola?

—Eso es lo que le acabo de proponer.

—Ya veo que se lo ha creído demasiado porque ha liquidado a media docena de imbéciles.

—Les di todas las ventajas.

—Está bien, gringo. Voy a darle esa satisfacción.

Lupe cogió un brazo de Bronson, al tiempo que exclamaba:

—¡No, Joe!

Él la miró a los ojos y leyó en ellos una gran inquietud.

—¿Por qué no, Lupe?

—En nuestro país no hay nadie que pueda competir con Rodríguez con el revólver en la mano.

Joe frunció el ceño.

—¿Quieres decir que tira mejor que tú?

—Sí, Joe. Mejor que yo. Es mucho más rápido y su puntería es terrible. Por eso llegó a ser lo que es.

—Bueno, yo tampoco lo hago mal.

—No, Joe. No lo hagas. Podemos resistir aquí. Esteban nos tiene que haber oído y vendrá con los nuestros.

—Es posible que vengan, pero observa lo que ocurre ahí abajo.

En aquel momento estaban llegando más hombres de Rodríguez, los cuales se distribuían rápidamente contra las rocas. En pocos segundos debieron quedar instalados allá abajo más de cincuenta enemigos.

—Será una carnicería, Lupe —dijo Bronson—. Esto no tiene solución. Sólo nos salvaremos si yo lo mato.

—¡Pero no podrás, Joe!

—Lo intentaré.

—Ni siquiera te dará la oportunidad de que ventiléis las cosas mano a mano. Será otra trampa, Joe. Habrá ordenado a sus hombres que hagan fuego contra ti en cuanto te levantes.

Bronson reflexionó unos segundos. Luego, replicó:

—Es un riesgo que no tengo más remedio que correr.

Otra vez intervino Rodríguez, chillando:

—¿Está listo, Bronson?

—Desde luego.

Lupe cogió una mano de Joe y se la apretó suavemente.

—Será un sacrificio inútil. Tú morirás y yo volveré a ser su prisionera.

Joe sintió latir sus sienes, y murmuró mientras sus ojos centelleaban:

—He corrido mucho mundo. Conocí a muchas mujeres. No pude querer a ninguna de ellas y ahora te he encontrado a ti. No, Lupe, no puedo perderte, porque tú eres lo más importante para mí.

La joven se inclinó hacia delante, poniendo la boca por debajo de la de él. Joe sólo tuvo que descender su cabeza unas pulgadas para que sus labios quedasen nuevamente unidos.

—¡Bronson! —llamó Rodríguez.

—¿Qué nueva idea se le ocurre? —inquirió Joe.

—Nos levantaremos y avanzaremos uno hacia otro, con libertad de disparar cuando a cualquiera se le ocurra. ¿Está de acuerdo?

—Perfectamente.

—Una pregunta antes de que empiece la fiesta. ¿Qué hay entre usted y Lupe?

Joe sopesó la respuesta y luego la lanzó.

—Ella me prefiere a mí.

—¡Es usted un condenado embustero! —rugió Rodríguez.

—Le duele, ¿verdad? Pero el caso es que no lo he engañado. Habrá boda, Rodríguez, pero los contrayentes seremos Lupe y yo.

—¡Maldito gringo! ¡Aquí estoy yo para impedirlo! Le rellenaré el cuerpo de plomo, Bronson. ¿Y sabe lo que pasará luego? ¡Haré que esté presente a mi boda! ¡Sí, eso es lo que voy a hacer! Lo colgaré de uno de los árboles del patio y celebraremos mi matrimonio al lado mismo. ¿Qué le parece?

Joe creyó llegado el momento. Su rival estaba excitado.

—Primero tendrá que matarme. ¿No es eso, Rodríguez?

—¡Eso puede darlo por hecho! ¡Salga de su escondite!

Joe miró por última vez a Lupe y le sonrió mientras la joven se mordía el labio inferior, reflejando en el rostro una mortal angustia.

Luego se puso en pie.

El corazón le golpeó en el pecho, esperando que alguien disparase sobre él, pero no ocurrió nada. De súbito, Rodríguez se enderezó también.

—¡Guarde su revólver, Bronson, igual que yo!

Efectivamente, el mexicano tenía las manos alejadas de sus caderas, abiertas, sin nada entre los dedos.

Joe hizo girar el revólver en el índice y lo metió en la funda.

El viento soplaba ladera abajo, arrancando suaves aullidos a las aristas rocosas.

Las nubes volaban raudas hacia el oeste.

Durante un rato, los dos antagonistas se miraron en silencio, separados por una distancia de veinte yardas.

—Avance y tire cuando quiera, Bronson —dijo Rodríguez, echando a andar.

Joe dio un paso, luego otro.

El tiempo pareció detenerse en aquel lugar de la tierra.

Las veinte yardas quedaron reducidas a dieciocho, a dieciséis, a quince…

Joe tenía los ojos puestos en los de Rodríguez, sin preocuparse de sus manos.

A lo largo de su vida había tenido oportunidad de adquirir una gran experiencia respecto a matones de toda laya. Muchas veces se había enfrentado con la muerte, y siempre se había salvado porque se anticipó leyendo en los ojos de sus contrarios la decisión de matar.

Un caballo relinchó abajo, y luego todo siguió en silencio.

Catorce yardas, doce…

De pronto, se produjo un chispazo. Joe lo vio claro en las pupilas de profundo color negro de Rodríguez. Ocurrió mucho antes de que el mexicano iniciase el movimiento de su mano para coger el revólver. ¿Una eternidad o una décima de segundo?

Da lo mismo. Joe sabía que por una décima de segundo habían muerto muchos hombres, y ésta era la que lo podía salvar a él.

Su diestra corrió rápida hacia la funda.

Sus ojos vieron la mano de Rodríguez que había partido después que la de él. ¡Ya cogía la culata y empezaba a sacar el cañón!

Lupe tenía razón. Rodríguez era un meteoro. Antes de que él, Joe, terminase de sacar su «Colt», Rodríguez le metería un proyectil entre los ojos tal como había prometido.

Y en su mente, como un relámpago, brotó la idea de cómo debía hacerlo.

Dobló ligeramente la rodilla izquierda y empujando hacia bajo su revólver, hizo fuego sin sacarlo de la funda.

Rodríguez sonreía salvajemente, seguro de su victoria, ni siquiera se dio cuenta de que el proyectil se le incrustaba en las

fosas nasales.

Joe vio la cara del sádico estallar en sangre y los ojos parecieron salírsele de las órbitas, y su mandíbula se desencajó, y por los oídos expulsó una sustancia amarillenta, y luego todo su cuerpo se aflojó y se vino abajo, lentamente, hasta quedar de bruces sobre las piedras.

Los hombres de Rodríguez se fueron levantando poco a poco. Todos mostraban en sus rostros el asombro que les producía aquel desenlace.

No querían dar crédito a lo que veían.

Su jefe estaba muerto, y allí arriba, en la montaña, en pie, se erguía el hombre que lo había ultimado.

—¿Qué estáis esperando, muchachos? —gritó de repente Fermín —. ¡Disparad sobre él!

Pero los hombres a quienes iba dirigida aquella orden no reaccionaron tan fácilmente, y Joe lo hizo mucho antes.

Apretó otra vez el gatillo, esta vez con el revólver fuera de la funda, y Fermín se llevó la mano al estómago, haciendo una mueca de dolor antes de morder el polvo.

Las docenas de hombres que había al pie de la colina se movieron simultáneamente, como si hubiesen salido de un extraño encantamiento, disponiéndose a hacer uso de las armas.

En ese preciso momento, de la parte superior de la montaña llegó una granizada de balas, y la voz de Esteban Expósito gritó:

—¡A tierra, Joe! ¡Estamos aquí!

Bronson se dejó caer junto a Lupe, la cual, emocionada, apretó su cara contra el pecho varonil y él le acarició la mejilla y la besó en el cabello.

Muchos de los compañeros de Fermín se doblaron espasmódicamente al sentir abrasadas sus carnes por el plomo al rojo vivo y se derrumbaron sobre la tierra calcinada.

—¡A ellos, muchachos! —gritaba Expósito—. ¡No darles tregua!

Muertos Rodríguez y Fermín, sus partidarios fueron presa del pánico, y pese a hallarse todavía en superioridad, muchos de ellos empezaron a correr buscando la salvación, pero lo único que consiguieron fue presentar mejor blanco a los que disparaban desde arriba.

Se sucedieron los aullidos de dolor y los gritos de muerte, y de

pronto, alguien tiró el rifle y levantó los brazos:

—¡No disparen más! ¡Me rindo!

Y aquella actitud fue imitada inmediatamente por otros. En pocos segundos la batalla concluyó con la victoria de los hombres que defendían la justicia.

CAPÍTULO XI

Joe estaba pagando a sus hombres. Ahora le tocaba el turno a Lloyd, a quien después de entregar su parte preguntó:

—Fue duro, ¿eh, muchacho?

—¡Oh! Solamente una distracción. Siempre me ha gustado un poco de jaleo.

—¿Y qué es lo que vas a hacer tú? Los demás regresan a nuestro país.

Lloyd se frotó la nuca.

—Bueno, quizá me quede por estos andurriales.

—¿Qué se te ha perdido aquí?

—Fred me convenció. Dice que no hay mujeres en el mundo como las mexicanas.

—¿Y tú qué crees?

—Pues la verdad, pienso que tiene razón.

—Tienes ya novia, ¿eh?

—Sí, señor; una morenita que vale su peso en oro.

—¿Y por qué no te decides ya?

Lloyd miró a Bronson con las cejas enarcadas, se mantuvo un rato pensativo y, por fin, hizo chasquear los dedos.

—¿Sabe que es una buena idea? Gracias, señor Bronson.

Giró sobre sus talones y desapareció.

Joe se quedó él solo en el despacho, y después de cerrar el cofre donde guardaba el dinero, se volvió y miró hacia el cuadro que tenía detrás. Aquél en que aparecía reflejado el virrey don Gumersindo García y García.

Lo estaba contemplando atentamente cuando oyó una voz a sus espaldas.

—¿Y nosotros, Joe?

Se volvió y se quedó admirado contemplando a Lupe, la cual se cubría con un vestido blanco de escote redondo que hacía resaltar su radiante hermosura.

—¿Nosotros? —repitió él.

—He escuchado tu conversación con Lloyd sin poderlo evitar.

—¡Oh! ¿Te refieres a la boda?

—Sí, a la nuestra.

Joe se pellizcó una oreja reflexivamente, y luego respondió, mirándola:

—Pues no tengo idea. Es algo en que nunca he pensado.

—¿Entonces?

Joe encogió un hombro.

—¿Qué te parece si lo decides tú, Lupe?

—Muy bien.

Él dio la vuelta a la mesa y se detuvo ante la joven. La abarcó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—¿Cuándo? —preguntó.

Ella hizo un mohín y cogió la pluma que había sobre la mesa, echó el brazo hacia atrás y lanzó aquella contra una hoja de almanaque que colgaba en la pared.

—El número que salga —anunció.

La pluma quedó clavada en el número siete. Joe soltó un silbido.

—¡Canastos, Lupe! ¡Pudo caer en el treinta!

La joven rió, y él la besó en la boca. De pronto, se separaron al oír un fuerte estruendo en la habitación vecina. Una puerta se abrió de repente e irrumpió en el despacho Fred, tapándose un ojo con la mano. Tras él apareció una joven, quien con gesto furioso y esgrimiendo un plumero en la mano, exclamó:

—¡Y sepa, señor Kenner, que en México las mujeres no aceptamos esas cosas!

Seguidamente desapareció la muchacha, y Fred apartó la mano de la cara, al tiempo que lanzaba un grito de dolor.

Joe y Lupe se echaron a reír al ver el ojo negro de Fred, quien dijo compungidamente:

—Esto solamente me puede pasar a mí. Todo el mundo tiene su chica menos yo.

Bronson le replicó:

—¿No te lo he dicho alguna vez, Fred? Debes tener paciencia.

Nos hemos quedado a vivir en el país donde las mujeres son más bonitas. Ya te llegará el turno.

Y tras estas palabras, abrazó de nuevo a la mujer que sería su esposa y la besó fuertemente en los labios, mientras Fred los contemplaba, perplejo, con su ojo sano.

FIN